

BOLSILIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

telegrama de un muerto

KEITH LUGER



—La acompaño en el sentimiento, señorita Dove.

—Reciba usted mi completa adhesión ante la desgracia que la aflige...

—Henry Skelly era un gran hombre, señorita Dove. Es una pérdida irreparable.

—Su tío John fue compañero mío en la universidad, señorita Dove. Siempre tuvo afición por la química. Recuerdo que en una ocasión me pidió una libra para comprar algo que le faltaba en su laboratorio. Estoy seguro de que en el cielo continuará con sus experimentos...

Myrna Dove siguió escuchando frases amables del medio centenar de personas, amigos íntimos de su tío Henry, que habían venido al funeral desde lugares muy distantes.

Publicada por Editorial Bruguera, en la colección Punto Rojo con el número 110, en el año 1964.



Keith Luger

Telegrama de un muerto

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1363

ePub r1.0

Lds 10.10.18

Título original: *Telegrama de un muerto*

Keith Luger, 1976

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

—La acompaño en el sentimiento, señorita Dove.

—Reciba usted mi completa adhesión ante la desgracia que la aflige...

—Henry Skelly era un gran hombre, señorita Dove. Es una pérdida irreparable.

—Su tío John fue compañero mío en la universidad, señorita Dove. Siempre tuvo afición por la química. Recuerdo que en una ocasión me pidió una libra para comprar algo que le faltaba en su laboratorio. Estoy seguro de que en el cielo continuará con sus experimentos...

Myrna Dove siguió escuchando frases amables del medio centenar de personas, amigos íntimos de su tío Henry, que habían venido al funeral desde lugares muy distantes.

Conocía a casi todos ya que, durante los tres últimos años, había sido la secretaria de su tío.

Sin embargo, a aquel hombre que estaba delante de ella ahora era la primera vez que lo veía, un hombre de cráneo pelado, ojos como un búho, nariz recogida.

—Señorita, las gaviotas no cantan de noche.

Myrna no creyó haber oído bien.

—¿Cómo dice, señor...?

—Permítame que me presente, señorita Dove. Soy Maxwell Brook, un gran amigo de su tío Johnny.

Myrna estaba segura de no haber oído jamás aquel nombre a su tío, pero tío Henry había muerto con cincuenta y tres años y ella acababa de cumplir veinticuatro. No podía conocer a todos los amigos de tío Henry, aunque aquel Brook fuese un tipo raro.

—¿Qué ha dicho de las gaviotas, señor Brook?

—Que no cantan de noche.

Myrna sonrió.

—Eso creo, señor Brook.

—Espero verla pronto, señorita Dove —el hombre calvo sonrió untuosamente, y, metiendo las manos en los bolsillos de su abrigo, se alejó por el camino de cipreses hacia el lugar de estacionamiento de los coches.

Myrna tocó suavemente en el brazo a O'Hara,
el mayordomo de su tío.

—¿Viste alguna vez a ese hombre, Bernard?

—Es el reverendo Flanagan, está ya muy viejecito.

—No, Bernard, no me refería al reverendo. Hablaba del caballero que me acaba de saludar, el que no tiene pelo.

—Perdón, estaba distraído con el nuevo modelo de paraguas que ha traído el señor Kirpatrick. Según me confesó su mayordomo, se lo fabricaron expresamente en Escocia.

Myrna tuvo que sonreír amablemente al hombre que tomaba su mano. Era el doctor Frank Burgess.

—Querida, no sabes cuánto lo lamento.

El doctor Burgess era el compañero de ajedrez de tío Henry. Habían disputado mucho durante sus partidas. Eran irreconciliables, eternos rivales.

El doctor Burgess, canoso y reumático, sacudió la cabeza mientras dirigía una mirada al cielo cargado de nubes grises.

—Siento mucho que el Señor haya llamado a Henry justamente después que lo vencí en la última partida. Me habría gustado más que hubiese partido con el sabor del triunfo en los labios.

—Muy generoso por su parte, doctor Burgess, pero estoy segura que tío Henry lo estará esperando con el tablero preparado.

El doctor Burgess dio un respingo instintivamente.

—Eh, Myrna, no estoy tan mal. Mi colega, el doctor Richardson, ha dicho que aún tengo cuerda para rato.

Y para probar que lo de la cuerda era verdad, el doctor Burgess se estiró y alejóse con mucha dignidad.

—Bernard —dijo Myrna—. ¿Qué piensas de las gaviotas?

—¿Cómo dice, señorita?

—Oh, perdona, estaba distraída.

Una viejecita se detuvo ante Myrna.

—Querida niña... El golpe ha sido tremendo... Pobre Johnny... Tan encantador, tan guapo... y morir ahogado... ¿O su final fue peor y murió convertido en una tea humana?...

—Lo ignoramos, señora duquesa. Quizá su muerte fue una combinación de ambas cosas.

—¿Cómo?

—Primero ardió y luego se arrojó al agua.

A Myrna nunca le había gustado aquella cotorra de la señora duquesa de Cumberland. La duquesa se había pasado la mitad de su vida atormentando a tío Henry. Lo quiso cazar a toda costa, convertirlo en su marido, y cuando al fin renunció y se casó con otro, dedicó la otra, mitad de su existencia a conquistar a Skelly para convertirlo en su amante. Aunque el tío Henry tuvo el buen gusto de continuar rechazándola.

—¿Sabes, querida niña, que estuvo a punto de convertirse en mi esposo?... Quizá te lo dijo.

—Oh, no, señora duquesa, no sabía nada...

—Ven un día por casa y te lo contaré todo, Myrna. Te servirá como ejemplo de lo que ha de resistir una mujer... Oh, los hombres son terribles...

La señora duquesa se marchó con su marido que, tras una extraña enfermedad, se había quedado mudo y sordo, aun cuando los maledicentes asegurasen que el señor duque se había impuesto voluntariamente aquellas tareas para librarse un poco de su esposa, ya que su sentido del honor le impedía enviudarla.

Myrna dio un suspiro porque ya había terminado el desfile.

Pero no, se equivocaba.

Un hombre llegó galopando. Era el farmacéutico, el señor Hunter.

—Cielos, señorita Dove. Me distraje, perdóneme...

—Está perdonado, señor Hunter.

El farmacéutico, larguirucho, delgado, de sienes y mejillas hundidas, forzó una sonrisa.

—¿Sabe que estuve a punto de acompañar a su tío en ese viaje?... «Pasar las Navidades en las Islas Azores es estupendo, amigo Paddy», me dijo un montón de veces. Justo el día que iba a telefonar a la compañía de navegación para que me reservasen el

pasaje, mi tía Edith cayó enferma.

Myrna pensó que Paddy Hunter no podía dar un paso sin el consentimiento de su tía Edith. Esperaba heredarla de un momento a otro, e imaginó que el hecho de que Edith se pusiese enferma, habría impedido que Paddy hubiese concurrido al Derby Epsom a pesar de que su afición favorita eran los caballos.

—¿Se da cuenta, señorita Dove?... Si mi tía Edith no se hubiese puesto enferma, yo habría viajado con el señor Skelly y también habría encontrado la muerte en ese trasatlántico.

—Perdón, señor Hunter, pero debo recordarle que de los 1015 pasajeros, sólo murieron 244. Usted pudo ser uno de los 771 supervivientes.

—Oh, no, señorita Dove, soy un hombre de muy mala suerte. Estoy seguro de que también habría sucumbido, como el señor Skelly.

El farmacéutico se refería siempre a su mala suerte. Naturalmente, su tía Edith se había recuperado de la enfermedad y era la sexta vez que ocurría. En eso consistía la mala suerte de Hunter. Heredar a su tía Edith se había convertido en algo muy difícil.

—Le ofrezco mis respetos, señorita Dove —dijo el farmacéutico y, tras una sobria inclinación, se alejó en la misma forma que había llegado, dando saltitos.

El mayordomo tosió suavemente.

—Nunca me han gustado los modales de ese farmacéutico, si me permite decirlo, señorita Dove.

—Desde luego te lo permito, Bernard.

—¿Quiere regresar la señorita a casa?

—Sí, creo que nada nos queda por hacer aquí.

—Es una pena.

Mientras hacían el camino en el «Rolls Royce» conducido por O'Hara, el criado dijo:

—Ha sido una lástima que el funeral no haya sido completo.

—¿No lo ha sido, Bernard?

—Faltaba el señor Skelly... Oh, perdón, quizá he dicho algún inconveniente...

—Oh, no, Bernard, no me siento molesta. Es cierto que ha

faltado el muerto, pero me temo que no ha sido culpa nuestra. Su cadáver no fue hallado.

—De todas formas, es hermoso que uno repose es el mar.

Myrna se dijo que no estaba muy segura de que tío Henry estuviese descansando en el fondo del mar. En el océano había muchos peces necesitados de alimento, como la población de un país subdesarrollado.

—Señorita Dove...

—¿Sí, Bernard?

—Habría sido bonito arrojar un puñado de tierra en el hoyo.

—Te prohíbo que seas macabro, Bernard.

—Oh, perdón, señorita... No quise molestar a usted ni a la memoria del señor Skelly.

—Desde luego, Bernard, pero pienso que cuanto menos se hable, más olvidaremos este enojoso asunto... Lo importante es que siempre tendremos en nuestra memoria al inolvidable tío Henry... ¿Tienes fuego, Bernard?

El criado le dio su encendedor de gas y ella pudo encender su cigarrillo con filtro.

Cuando llegaron a la casa de estilo Victoriano, en la campiña, Bernard, la ayudó a quitarse el abrigo.

—¿Comerá algo, señorita Dove?

—Ahora no, un poco más tarde. Ya te avisaré, Bernard, y gracias por haber estado a mi lado en estos momentos tan difíciles.

—Ha sido un honor para mí estar al servicio de la señorita.

Myrna se introdujo en la biblioteca donde durante aquellos tres años había trabajado para tío Henry. ¿Qué iba a hacer ahora?... Tío Henry le había dejado la casa y unas cincuenta mil libras esterlinas, a lo cual se debía agregar el «Rolls Royce», un piso en Piccadilly y su colección de mariposas.

Podía irse a Londres y probar a vivir sin trabajar. Si se aburría sería fácil para ella encontrar un puesto de secretaria. Aquel banquero amigo de tío Henry, Grant Fossey, sentía una cierta inclinación hacia ella, como lo demostraba el hecho de que en un par de ocasiones le hubiese sugerido la idea de que un hombre casado estaba necesitado de una bella compañera.

De pronto oyó un ruido en la ventana.

Se asombró al ver al hombre que estaba a la otra parte y que

golpeaba en el cristal con el anillo que exhibía en su mano derecha. Era el calvo, el hombre que había visto por primera vez en el funeral del tío Henry... ¿Cómo había dicho llamarse?... Oh, sí, el señor Brook.

Al parecer, el señor Brook le hacía señas para que le abriese la ventana.

Muy extrañada, Myrna así lo hizo.

—Señor Brook, ¿no sabe que en las casas se entra por la puerta?

El calvo se coló en la habitación haciendo gala de una agilidad que nadie podría imaginar teniendo en cuenta su obeso vientre y sus cortas piernas.

—Perdone, señorita Myrna, pero quiero que esta visita permanezca en el más absoluto incógnito.

—No le comprendo.

—Con su permiso —dijo el señor Brook y cerró la ventana.

Myrna tenía demasiado cerca de su visitante, por lo que juzgó prudente alejarse unos pasos.

—Señor Brook, ¿me quiere decir a qué debo el honor de recibirle de esta manera?...

El señor Brook observó atentamente a Myrna porque la señorita Dove tenía mucho que observar. Era esbelta, y poseía una figura armoniosa, noventa y dos de busto, sesenta y tres de cintura y noventa y nueve de cadera, un rostro de facciones bellas y mejillas ligeramente hundidas, nariz fina, labios gruesos, muy rojos.

—¿Ya terminó el examen, señor Brook?

—Espero no haberla molestado... Me ha causado usted una gran impresión... Bueno, quiero decir que no esperaba que la sobrina de tío Henry fuese tan hermosa...

—Perdone, señor Brook, pero en estos momentos amargos preferiría no oír sus requiebros. Daré la luz verde dentro de seis horas.

—Oh, sí, comprendo... En ese caso, si usted no tiene inconveniente, pasaremos a hablar del asunto.

—¿A qué asunto se refiere, señor Brook?

—Ya le dije que soy Marxwell Brook.

—Sí.

—Es usted quien tiene que dar el próximo paso.

—Oiga, señor Brook, no le comprendo.

—¿Qué quiere decir con no le comprendo?

—Me parece que esas palabras sólo tienen un sentido pero, si quiere que se lo diga de otra forma, no tengo el menor inconveniente. Las palabras que usted me dirigió después del funeral y su forma de entrar en esta casa me dan la impresión de que usted... —La joven titubeó un instante.

—Dígalo de una vez, de que estoy loco.

—Es posible que sea eso lo que pienso.

—Señorita Dove, no tengo mucho tiempo que perder. Sería mucho mejor para usted y para mí que me diese lo que he venido a buscar.

—Eh, oiga, ¿qué es lo que ha venido a buscar?

—No se haga de nuevas, señorita Dove. Usted lo sabe.

—Yo no sé nada.

El señor Brook hinchó los pulmones de aire.

—Señorita Dove, corriójame si me equivoco. ¿Acaso quiere más dinero?

—Sigo sin saber a qué se refiere.

—Puntualicemos de una vez por todas esta absurda situación. Tío Henry la tuvo que poner al corriente.

—¿De qué me tenía que poner al corriente tío Henry?

Hubo un silencio y de pronto el señor Brook se echó a reír.

—Creo que la entiendo un poco mejor ahora, señorita Dove.

—¿Sí? Pues me alegro mucho.

—Usted quiere más dinero.

—¿Cómo?

—Ahora que ha muerto el tío Henry, piensa que puede sacar un precio mejor.

—¿Un precio, señor Brook?... ¿Quiere sugerir acaso que mi tío Henry les vendió algo?

—Sí, señorita Dove. Eso mismo. Tío Henry nos vendió algo.

—¿Dí qué, señor Brook?

—¿No lo sabe?

—No. No lo sé.

El rostro de Brook fue cambiando poco a poco.

—Señorita Dove, los que me conocen dicen que cuando me enfado soy un hombre peligroso.

—Yo no lo conozco, señor Brook, por lo que no puedo saber de

qué forma se comporta cuando se enfada.

Brook se pellizcó la barbilla.

—De modo que no sabe nada.

—Exactamente, señor Brook, pero usted será tan amable de informarme acerca del asunto por el que se llegó a esta casa, del negocio que tenía pendiente con mi tío Henry.

Brook se mojó los labios con la lengua.

—Señorita Dove, me temo que podré pasar sin su ayuda...
Buenos días.

Brook se dirigió hacia la ventana, la cual empezó a abrir.

—Eh, señor Brook, no puede marcharse así.

Brook volvió su cabeza de cráneo brillante.

—Señorita Dove, usted se habrá podido dar cuenta de que he sufrido una confusión...

—Pero usted debe aclararme ciertas cosas...

—No, señorita Dove. Es mucho mejor que continúe ignorando algunos aspectos que se refieren a la vida de su tío Henry... Sí, señorita Dove, será muy bueno para su salud.

Inmediatamente, Brook saltó de la habitación con la misma agilidad que antes, y en pocos segundos desapareció ante la vista de Myrna. La joven se acercó a la ventana para llamarlo pero desistió recordando su primera impresión, cuando él entró en la biblioteca. Había creído que era un loco. Naturalmente, eso lo explicaba todo, y haría bien en cerrar la ventana cuanto antes por si al señor Brook se le ocurría volver.

Se sirvió una ración de *brandy* que bebió pausadamente, sentada en un sillón, frente al leño que crispaba en el hogar.

Al cabo de un rato, oyó que llamaban a la puerta.

Autorizó la entrada. Era Bernard.

—No, Bernard, todavía no siento apetito.

—Perdón, señorita, han traído un telegrama para usted. —
Bernard se adelantó con una bandeja sobre la que descansaba el telegrama.

Myrna encogió los hombros.

—¿Cuántos hemos recibido en los últimos días, Bernard?

—Creo que éste hace el número ciento setenta y nueve, señorita Dove.

—Tío Henry era una persona muy querida por todos los que le

conocieron...

—Desde luego, señorita.

Myrna tomó el telegrama y leyó su contenido que decía así:

«La gaviota blanca va detrás de la mancha negra.

»Henry».

Myrna parpadeó y volvió a leer el texto, ahora en voz alta.

Luego hubo un silencio en la estancia y la joven dijo:

—Bernard, ¿tenemos algún amigo que se llame Henry y que se encuentre en Londres?

Bernard se tomó algún tiempo para contestar.

—El hijo de la cocinera se llama Henry pero se marchó hace dos años a Australia. No, no puede ser él.

—Qué cosa tan curiosa —dijo Myrna.

—¿A qué se refiere, señorita...?

—Hoy todo el mundo me habla de gaviotas. El caballero calvo que dijo llamarse Brook y ahora este hombre que envía el telegrama... ¿Es la temporada de las gaviotas, Bernard?

—No he oído decir que las gaviotas tengan su veda. Todo el año disfrutan de una absoluta libertad.

Myrna se quedó pensativo un rato.

—Sería absurdo —dijo como si hablase consigo misma—. Oh, no, Bernard, qué tontería más grande...

—¿Puedo preguntarle a qué se refiere, señorita Dove?

—Los muertos no mandan telegramas, ¿verdad, Bernard?...

—Me temo que no pueden, señorita Dove.

—¿Qué pruebas tenemos de que tío Henry murió...?

—Señorita, la compañía de navegación publicó una relación de supervivientes y de muertos. Henry Skelly estaba entre los segundos. Es cierto que los supervivientes fueron recogidos por cuatro barcos pero todos han sido debidamente identificados.

—¿Y si tío Henry se hubiese salvado por sí mismo?

—Lo siento, señorita Dove, pero no puedo admitirlo. Eso significaría que su tío Henry nadó centenares de millas hasta llegar a la costa, y debo recordarle que su tío siempre tuvo miedo al agua.

—Sí, eso es cierto, Bernard. Nunca aprendió a nadar.

—No creo que a sus cincuenta y cinco años se convirtiese en un tragamillas.

—Sí, dicen que hace falta mucho entrenamiento para eso... De modo que hemos de llegar a la conclusión que hicimos las cosas tal como se debían hacer... Y no me negarás que el funeral quedó muy mono.

—Sí, señorita. Fue algo que realmente me impresionó. En un par de ocasiones mis ojos se arrasaron en lágrimas, especialmente cuando el reverendo Flanagan habló de lo mucho que había hecho el señor Skelly por la sociedad protectora de animales.

—¡El cuadro!

—¿Cómo dice, señorita?

—¡El cuadro!... Las gaviotas.

—Perdón, señorita, pero si fuese tan amable de explicarme eso...

—¿Es que no lo recuerdas? Tío Henry estuvo pintando este verano...

—Sí, señorita, lo recuerdo y debo admitir que, si su tío Henry no tuvo aptitudes para la natación, tampoco las tenía para la pintura.

—Eso no importa ahora, Bernard, aunque admito que tío Henry pintaba muy mal.

—El también lo sabía y por ello no quiso que nadie advirtiese que estaba pintando.

—Sin embargo, una vez lo sorprendí... Bueno, quiero decir que me acerqué adonde tío Henry estaba pintando y vi su cuadro... ¿Sabes lo que pintaba, Bernard?...

—Según tengo entendido, los pintores, cuando saben muy poco de pintura, hacen cosas muy raras. Quizá el señor Skelly empezó por pintar manchas y unas cuantas rayas dejando precavidamente el título para el final.

—Estaba pintando un montón de gaviotas.

—¿Un montón de gaviotas?

—Sí, Bernard. Gaviotas que volaban sobre el mar, junto a la costa.

—¿Está segura la señorita de que eran gaviotas?

—¿Qué pueden ser unos pájaros con alas y con pico que tienen debajo el mar? Lo recuerdo perfectamente. Han de ser gaviotas... El cuadro... Quizá lo dejó en el desván.

—Perdón, señorita, pero no está en el desván.

—¿Sabes algo de eso?

—El cuadro está en Londres.

—¿Quieres decir en el piso de Piccadilly?

—Sí, señorita. El señor Skelly se lo llevó consigo cuando salió de aquí para hacer su excursión a las Azores.

—¿Habló él de dejar el cuadro en Piccadilly o quizá se lo llevaba a las Azores para terminarlo?

—Yo entré en la habitación del señor Skelly cuando había embalado el cuadro y le pregunté si seguiría pintando en las Azores. El señor Skelly me contestó que pensaba descansar y que no haría nada durante las vacaciones. Dejaría el cuadro en el piso de Piccadilly porque pensaba regalarlo más tarde.

—¿A quién?

—No lo dijo, señorita, y yo no quise preguntarlo.

—Bernard, hay indiscreciones que un criado debe cometer.

—Sí, señorita. Pero es muy difícil para un criado decidirse entre las muchas preguntas indiscretas que se le ocurren.

—Bernard, me voy a Londres.

—¿Volverá esta noche la señorita?

—Sí, Bernard. En cuanto haya visto ese cuadro.

Minutos más tarde, la joven viajaba en el «Rolls Royce» hacia Londres.

Se detuvo en una estación de servicio para repostar gasolina y, mientras le llenaban el tanque, leyó una vez más el extraño telegrama; «La gaviota blanca va detrás de la mancha negra. Henry».

CAPÍTULO II

Myrna entró en el piso de Piccadilly. Era la primera vez que iba allí desde hacía un mes. Entonces vivía tío Henry y estaba muy lejos de ocurrir aquella catástrofe.

Fue directamente al despacho de su tío. Allí, junto a la pared, estaba el cuadro embalado. Bueno, no sabía si era el de las gaviotas pero lo comprobaría ahora mismo.

Al cogerlo vio que sobre el papel había una dirección: «*Monsieur François Gérard*, 274, rue Saint-André-Des-Arts. París-6».

El cuadro ya tenía destinatario, aunque ella no conocía a *monsieur Gérard*, ni jamás había oído hablar de él a su tío Henry.

¿Tendría relación lo que había pintado en el cuadro con el telegrama? Estaba dispuesta a apostar a que sí.

Decidió desenvolarlo.

Estaba dando la vuelta a la mesa cuando sonó la campanilla del teléfono.

En aquel silencio le produjo el mismo efecto que un cañonazo.

Dio un grito y se detuvo.

El teléfono continuaba sonando.

¿Quién sabía que ella se encontraba en el piso de Piccadilly?

Sólo Bernard, el mayordomo. Bueno, debía ser él, necesitaba consultarle alguna cosa.

Tomó el auricular.

—¿Sí? —dijo por el micro.

—¿Señorita Dove?...

No, aquella voz no pertenecía a Bernard.

—Habla con ella misma.

—Buenos días, señorita Dove, ¿tuvo buen viaje desde Cumberland?

—¿Cómo sabe que he venido de Cumberland? ¿Quién es usted?

—Un amigo de su tío Henry.

—Pero yo no anuncié a nadie mi llegada.

—Perdone, señorita, pero conozco el coche de su tío, el «Rolls Royce», y hace unos minutos lo vi rodar por la plaza de Trafalgar.

—Todavía no he oído su nombre...

—Oh, sí, perdone... Broderick Gaynor.

—No recuerdo que entre los amigos de mi tío se encuentre usted.

—Imagino que su tío Henry no le habló de todos sus amigos.

—Muy bien, señor Gaynor, pasemos eso por alto. ¿Qué quiere?

—Cerciorarme de que estaba usted en esa casa.

—¿Por qué?

—Para ir ahí.

—Es usted muy amable al querer darme su pésame personalmente, señor Gaynor, pero tendrá que esperar otra ocasión. Sólo vine al piso para recoger unas cosas mías y enseguida me marchó.

—Estoy cerca. No tardaré en llegar.

—Lo siento, señor Gaynor. Insisto en que he de regresar enseguida a Cumberland.

—No cuelgue, señorita Dove. He de llevarme el cuadro.

—¿El cuadro?

—El que pintó su tío.

Myrna sintió un escalofrío por la espalda y miró el cuadro que estaba apoyado en la pared.

—Señor Gaynor, no sé a qué cuadro se refiere...

—Debe estar ahí, en el piso de Piccadilly... Soy comerciante en cuadros. Tengo una tienda, señorita Dove. Su tío Henry pintó un cuadro para mí. Se lo compré, pero no me pudo hacer entrega del cuadro debido al siniestro marítimo que le costó la vida.

—¿Quiere decir que compró usted el cuadro a tío Henry?

—Exactamente, señorita Dove.

—¿Cuánto pagó por él?

—Cien libras.

—Me sorprende usted mucho, señor Gaynor. A decir verdad, mi tío no era un artista.

—Es cierto, pero vi el cuadro y me gustó.

—¿Dónde lo vio?

—Su tío me invitó a ese piso cuando llevó ahí el cuadro hace unas semanas.

—Si pagó cien libras por él, ¿por qué no se lo llevó enseguida?

—Perdone, señorita, pero en aquella ocasión debía asistir a una fiesta... Naturalmente, le exhibiré el documento que me acredita como el actual dueño del cuadro. Espero que no quiera perjudicar mis intereses.

Broderick Gaynor colgó antes de que Myrna pudiese decir una palabra.

La joven se mordió el labio inferior con fuerza. Aquel hombre iba a llegar para llevarse el cuadro. Oh, no, ahora no estaba dispuesta a perderlo. Cada vez tenía más seguridad de que el cuadro de las gaviotas encerraba un misterio. Resultaba un poco absurdo tratándose de tío Henry, una persona de tan buen carácter, pero no era aquél el momento más adecuado para hacerse preguntas sobre una segunda vida de tío Henry. No podía esperar a Broderick Gaynor en la casa ni entretenerse en mirar el cuadro. Debía salir de allí cuanto antes.

Se dio mucha prisa en atrapar el cuadro y abandonar la casa.

Puso el cuadro en el portaequipajes del auto y, cuando éste se deslizaba por la calle, miró a un lado y otro, pero se dio cuenta de que ella no conocía a Broderick Gaynor.

¿En qué lugar se detendría para mirar el cuadro de tío Henry...? Oh, sí, ¿cómo no lo había pensado antes?

Tom Nilsson era un buen muchacho, aun cuando se tratase de aprovechar sus cortos encuentros para declararle su amor. Tom era una de las pocas personas que a las doce de la mañana una podía tener la seguridad de encontrar en casa porque tenía por costumbre acostarse al nacer el día. Su fortuna personal le permitía ese lujo. Y por añadidura, Tom Nilsson no vivía muy lejos de Piccadilly.

Su criado, Rex Barthemess, le abrió la puerta.

—Buenos días, Rex, nos hace un tiempo muy hermoso —dijo entrando en la casa con el cuadro.

El criado hizo una reverencia.

—Leí el boletín meteorológico de esta mañana y anunció que llovería antes de las cinco. Eso ha producido un hondo malestar en el señor Nilson. Dijo que no recibiría a nadie.

—Oh, qué contrariedad...

—Hasta que salga el sol...

—Le molestaré muy poco, Rex. ¿Quiere dejarme a solas en el despacho del señor Nilsson? Necesito hacer una llamada muy personal.

—Desde luego, señorita Dove.

Myrna se encerró en la biblioteca de Nilsson y, por si Rex había quedado detrás de la puerta, ya que las costumbres entre la servidumbre inglesa estaban muy relajadas, hizo una llamada a su peluquero para comunicarle que no pensaba ir aquel día. Luego colgó con mucho cuidado y se puso a desembalar el cuadro. Cuando lo tuvo ante sus ojos, se retiró unos pasos para comprobar el arte de tío Henry.

Vio un trozo de la costa de Cumberland azotada por el mar y en el cielo una bandada de gaviotas. Probablemente habría medio centenar. Estaba segura de que tío Henry no había conseguido realizar una obra de arte, pero se dijo que no podía pedirle más a un aficionado que por primera vez había atrapado los pinceles.

—Hola, querida —dijo una voz a su espalda.

Era el mismísimo Tom Nilsson que, cubriéndose con un batín azul a rayas doradas, se dirigió hacia ella sonriente.

Frisaba en los veintiocho años de edad y era alto, guapo y mujeriego, tres cualidades para hacer perder la cabeza a la más recatada de las jóvenes.

—Tom, me sorprende... Creí que estarías durmiendo.

—Di orden a Rex que cuando llegases me lo comunicara inmediatamente.

—Eres muy amable, pero ya me iba.

—Estás más bonita que nunca...

—Ahora comprendo por qué te encierras en tu casa por las mañanas. Dices frases muy vulgares.

—Perdona, pero no estoy acostumbrado a hablar a estas horas. Eh, ¿qué es ese cuadro deleznable?

—Es mi cuadro.

Tom se quedó un momento con la boca abierta.

—¿Lo pintaste tú o sólo cometiste el error de comprarlo?

—Cometí el error de pintarlo.

—Perdona, Myrna, pero ignoraba que poseyeses tan

maravillosas condiciones artísticas... Bien mirado, encierra ciertos valores importantes...

—No rectifiques, Tom. Dijiste que era deleznable.

—No lo miré bien. Había poca luz...

—La luz es la misma de antes.

Tom tomó una mano de las de ella.

—Querida... píntame.

—Lo siento, Tom, pero no tengo ningún interés.

—Jamás encontrarás modelo como yo. Hasta te puedo dar ya el título, *Apolo tocando la lira*.

—Oferta rechazada.

—¿Dónde vas a encontrar un Apolo mejor que yo?

—No me interesa pintar a Apolo.

—Estoy dispuesto a pagarte.

—No, Tom. No entras en mis planes.

—¿Desde cuándo?

—Desde siempre.

—Myrna, ¿cuándo te das a tomar en serio mi redención...?

—Tú no necesitas que nadie te redima.

—¿No oyes lo que dicen por ahí...?

—Oh, sí, hablan muy mal del Gobierno.

—No me refiero al Gobierno, sino a mí. Estoy en boca de todas las personas que significan algo en la Gran Bretaña. Soy despreciado, vilipendiado y aborrecido...

—En tal caso, será mejor que continúes haciendo tu vida como hasta ahora y seguirás contando con el respeto de los demás.

—Pero si hago todo lo posible por no ser una persona respetable...

—Es por lo que eres respetado.

—Se me ocurre una idea, Myrna...

—¿Otra?

—Huyamos juntos. Estoy dispuesto a comprarte una isla en los mares del Sur. Allí pintarás, serás famosa como Gauguin.

—Sería terriblemente aburrido para ti...

—A tu lado no pasaría el tiempo...

—¿De dónde has sacado esa frase tan monstruosa?

—De mi cabeza, naturalmente.

—Sí, quizá eso lo explique.

—Myrna, no puedo vivir sin ti... quiero decir vivir decentemente... Pídeme un sacrificio.

—Acuéstate.

—Eso no sería un sacrificio.

—Trabaja.

—Ya he tomado mis medidas. En las próximas elecciones me presentaré como candidato... Me derrotarán, pero continuaré hasta que logre el triunfo... Será un trabajo hermoso, ¿no te parece, Myrna?... Oh, Myrna, no puedes estar lejos de mí en esos momentos... Sería magnífico que a mis futuros electores les pudiese presentar una esposa tan hermosa... tan fragante...

—Tom, te prometo que no volveré por aquí durante el día... Tus maneras dejan mucho que desear. Ni a un retrasado mental se le ocurriría pensar que te graduaste en Oxford.

Myrna se puso a embalar otra vez el cuadro.

—¿Adónde vas, querida?

—A Cumberland.

—Te acompañaré.

—Oh, no, de ninguna forma.

—Necesito respirar el aire del campo.

—Te he oído decir muchas veces que prefieres el aire de la ciudad.

—Ahora no.

—Hasta la vista, Tom.

En aquel momento sonó el teléfono.

—Disculpa, Myrna —dijo Tom y atrapó el auricular.

—¿Sí?... ¿Cómo? —Miró a la joven—. Está aquí, pero ¿quién es usted? ¿Cómo sabe que está en mi casa?... Ah, que ella le llamó. Muy bien, le paso la comunicación.

—¿Quién es, Tom?

—Preguntan por ti.

—Oh, sí, debe ser mi peluquero, le llamé antes...

Pero estaba segura de que no era el peluquero porque ella no le había dado el número donde se encontraba.

—¿Sí?

—Hola, señorita Dove.

Era otra vez aquel hombre, Broderick Gaynor.

—Espere un momento, por favor... —Cubrió el micro con la

mano—. Tom, ¿quieres salir un momento?

—Dijiste que era tu peluquero.

—Y lo es.

—Entonces no comprendo por qué me quieres hacer salir.

—Se trata de un peinado de reciente importación. Antes los hombres educados no preguntaban la razón de las cosas.

—Antes vivíamos en un mundo de hipocresía. Me niego a salir de mi casa.

—No te pido que salgas de tu casa, sino de esta habitación.

—Me niego también.

—Aborrezco tu mundo de sinceridad, Tom Nilsson.

Myrna habló otra vez por el micro:

—Señor Gaynor, ¿cómo sabía que estaba aquí?

—La vi llegar y no me dio tiempo a abordarla. Pensó que estaría muy feo que entrase en la casa para discutir con usted.

—Usted y yo no tenemos ninguna razón para discutir.

—Claro que la tenemos. ¿No recuerda el cuadro?

—Oh, sí, el cuadro, lo dejé en el piso de Piccadilly.

—Es usted muy mala embustera, señorita Dove.

—¿Cómo se atreve?

—Tiene usted ahí el cuadro.

—Supongo que es así.

—Está infringiendo la ley, señorita Dove.

—¿En qué infrinjo yo la ley?

—Ya le dije que ese cuadro tiene un dueño.

—Suponiendo que lo tenga, señor Gaynor, el único dueño soy yo.

—¿Por qué dice eso?

—Soy la heredera de Henry Skelly.

—Señorita Dove, ya le dije que yo había comprado a Skelly el cuadro.

—Sí, lo dijo, pero no lo puede probar.

—También le hablé de que tengo un documento para justificar mi derecho.

—Me niego a reconocer ese documento.

—Oh, usted no puede decir eso. Se trata de algo que escribió su propio tío.

—¿Quién me dice que no es una falsificación? —Muy bien. Le

desafío a que lo compruebe.

—¿Me desafía?

—Naturalmente. Y usted y yo nos debemos reunir. Sólo entonces usted comprobará que su tío me vendió el cuadro en cien libras.

Myrna se mojó el labio inferior con la lengua.

—Bien, señor Gaynor, estoy dispuesta a reunirme con usted.

—La esperaré a la salida de esa casa.

—Oh, no.

—¿Por qué no, señorita Dove? Sugiero que debemos solucionar este asunto cuanto antes.

—A mí también me interesa solucionarlo, señor Gaynor, pero deje que sea yo quien señale nuestra cita.

—Muy bien. Hable.

—Dentro de una hora, en el restaurante Gold Fish. ¿Lo conoce?

—Sí, estuve en un par de ocasiones.

—¿De acuerdo, señor Gaynor?

—De acuerdo, pero, por favor, lleve el cuadro.

—Lo llevaré.

—Gracias —dijo Gaynor e interrumpió la comunicación.

Myrna se volvió hacia Tom, el cual la miraba con un gesto de preocupación.

—Eh, Myrna, ¿me quieres decir qué significa todo esto?

—Lo siento, Tom, pero no puedo darte ninguna explicación.

—No soy tonto. Se trata del cuadro.

—¿Qué sabes del cuadro?

—Que no lo hiciste tú. Fue cosa de tu tío.

—Muy bien. Lo pintó mi tío. ¿Tienes algo que objetar, Tom Nilsson?

—Oye, ¿en qué lío estás metida?

—En nada que te importe.

—Myrna, yo sólo quiero ayudarte...

—Está bien, Tom. Tú conocías a tío Henry...

—Desde luego.

—¿Lo crees capaz de haberse metido en algún jaleo?

—¿Qué tontería es ésa? Tu tío era la persona más santa del mundo. Sólo vivía para sus libros de filosofía. Me encantaba oírle sobre su especialidad, el epicureísmo.

—Se puede ser un epicúreo y al mismo tiempo tener un lío.

—¿Alguna mujer...?

—Será mejor que te lo cuente todo.

—Muy bien. Te escucho.

Myrna contó lo que había pasado a partir del momento en que se presentó aquel caballero calvo en el funeral de tío Henry diciéndole que las gaviotas no cantaban de noche.

También le mostró el contenido del telegrama, y finalizó con las dos llamadas telefónicas del hombre llamado Broderick Gaynor.

—Es apasionante —dijo Tom cuando ella hubo terminado.

—¿Sólo se te ocurre decir eso?...

Tom Nilsson, con el telegrama en la mano, se acercó al cuadro.

—La gaviota blanca va detrás de la de la mancha negra... Demonios, aquí hay un buen montón de gaviotas... ¿Cuál es la negra?

Myrna se acercó también al cuadro.

—Es ésta —la señaló con el dedo entre el grupo de gaviotas.

—No le veo nada de particular.

—¿Tienes una lupa?

—Sí.

—Sácala. Quizá nos ayude a ver algo.

Tom Nilsson sacó la lupa del cajón de su mesa y la puso sobre el lugar donde Myrna tenía el dedo.

A través del cristal vieron agrandada la gaviota que tenía una mancha negra.

—Sí, parece que ésta es la gaviota a que se refiere el telegrama, pero, infiernos, yo no veo nada de particular. ¿Y tú?

—Tampoco. ¿Qué clase de vida hacia tu tío Henry?

—Se pasaba veinticinco días del mes en Cumberland y cinco en el piso de Piccadilly, pero yo siempre iba con él.

—Sí, Myrna, eso lo sé, pero, cuando tú venías a Londres, hacías tu vida.

—Eso es cierto. Tío Henry se quedaba en el piso.

—¿Por qué se quedaba en el piso? ¿Cómo lo sabes? ¿Lo vigilabas tú?

—Tom, no digas esas cosas horribles. Cuando yo regresaba al piso, él siempre estaba allí.

—Pero ¿sabes qué hacía mientras estaba solo? ¿Puedes jurar que permanecía en el piso de Piccadilly?

—No, desde luego que no.

—Ahí lo tienes.

—¿Qué es lo que tengo?

—Hemos de saber qué hacía tío Henry mientras se encontraba solo, adónde iba, con qué clase de amigos se reunía... Piensa un poco y quizá recuerdes algo...

Myrna se puso a pasear mientras se pellizcaba el labio inferior pensativa.

Mientras tanto, Tom sacó un paquete de cigarrillos.

—¿Fumas??

—No, gracias.

La joven continuó yendo de un lado a otro. De pronto se detuvo chascando los dedos.

—Su amigo Carl Moore.

—¿Quién es Carl Moore?

—Un entomólogo.

—Sí, ya recuerdo que tu tío tenía la chifladura de coleccionar mariposas.

—Carl Moore también las coleccionaba. Se veía algunas veces con él... Ahora recuerdo que, en el último viaje, Moore le hizo una llamada telefónica para citarlo. Yo estaba escribiendo unas cartas y tío Henry me dijo que Carl le había hablado de un extraño ejemplar de mariposa gigante que estaba esperando le enviaran desde Australia.

—Muy bien, iremos a ver a Moore. En un momento me visto.

Cuando Myrna se encontró a solas, sus ojos fueron al cuadro pintado por su tío.

De pronto en su cerebro pugnó por salir a flote un recuerdo. No sabía qué era, algo muy lejano que estaba sumergido entre las nubes del pasado.

Miró atentamente las gaviotas, el mar, la costa rocosa, pero fue inútil. No logró saber de qué se trataba.

Con toda rapidez embolsó otra vez el cuadro. No necesitaba a Nilsson para hacer aquella gestión.

Cuando estaba a punto de ganar la puerta, el criado Rex le salió al encuentro.

—¿Se marcha, señorita Dove?

—Sí, Rex.

—Pero el señor dijo que iba a acompañarla...

—Dígale que cambié de opinión y que, entretanto no vemos, puede hacer algo... Que se compre la lira.

—¿La lira? No comprendo, señorita Dove.

—El señor Nilsson lo comprenderá, Rex —repuso Myrna y abandonó la casa.

CAPÍTULO III

Carl Moore era un hombre de unos sesenta años, de cabello y bigote blanco. Dijo a Myrna que estaba muy sorprendido por tan grata visita y se excusó que su ama de compañía no se encontrase en la casa, pero le había dado permiso para ir a ver a una hermana que se encontraba enferma. El mismo haría el té.

—Perdón, señor Moore, pero tengo mucha prisa. Otro día vendré para tomar el té con usted.

El señor Moore hizo pasar a la joven a su gabinete de estudio.

—Disculpe que no haya ido al funeral de Henry, pero me resultó imposible. Hace unos días sufrí un ataque de lumbago. Imagino que recibiría mi telegrama.

—Desde luego, señor Moore.

—¿Qué puedo hacer por usted, señorita Dove?

—Vine aquí para que hablásemos de tío Henry.

—Un gran caballero, yo no he conocido otro igual...

—¿A qué se dedicaba?

Moore hizo un gesto de asombro.

—Señorita Dove, usted era su secretaria y sabe perfectamente en qué ocupaba Henry Skelly su tiempo. Estaba poseído de un noble afán por desentrañar los misterios de la Naturaleza, y lo hacía preguntándose los principios y las consecuencias de las cosas. Filosofando.

—Sí, señor Moore, pero, aparte de la filosofía, debía haber otra cosa.

—No le entiendo, señorita Dove, pero si se refiere a otro noble quehacer de Henry, a su afición como entomólogo, debo decirle que era un *hobby* absolutamente científico.

—Muy bien, ya tenemos dos cosas, la filosofía y la entomología.

Continúa faltando algo.

—¿A qué se refiere, señorita Dove?

—Soy yo quien ha venido aquí buscando luz, señor Moore. Pensé que podría hacer las preguntas y usted dar las respuestas. Por ejemplo, tío Henry enviudó hace veinte años. Imagino que en su vida habrá habido otra mujer, después que tía Carola fue separada de él por la muerte.

—Preferiría no hablar de eso.

—¿Por qué no?

—A mi juicio, sería manchar la memoria de Henry.

—Oiga, señor Moore. Es importante para mí saber la otra vida de mi tío Henry.

—No sé si puede llamarse la otra vida.

—Deje que juzgue yo.

Moore respiró profundamente.

—Efectivamente había una mujer.

—¿Quién?

—Germaine.

—¿Una francesa?

—Sí.

—¿Dónde está esa Germaine?

—En París, aunque todos los meses hacía un viaje a Londres.

—Coincidiendo con la estancia de mi tío Henry en su piso de Piccadilly.

—Sí; pero debo decirle que ella nunca iba al piso de Piccadilly.

—¿Conoce a Germaine?

—Sí.

—¿Cómo es?

—Muy bonita, cabello negro, rostro francés, un poco picante, ya me entiende... Henry nunca me la presentó, pero me había hablado de ella. Los vi juntos casualmente hace cosa de un año en un local público.

—¿Cuánto duró eso?

—Unos diez años.

—Entonces debe ser una mujer mayor.

—No mucho, yo le calculo unos cuarenta años, pero representa menos.

—¿Por qué no se casó tío Henry con ella?

—Por la misma razón que su tío no le habló de la existencia de Germaine.

—Casada, ¿eh?

—Sí. Los dos se enamoraron durante un viaje que Henry hizo a Francia. Henry me lo contó. Quiso luchar contra aquel amor. Ella también puso de su parte lo que pudo, pero fue inútil.

—De modo que tío Henry era un Romeo... Lo disimuló muy bien... Pobre tío Henry... Y yo creí que tenía los mismos sentimientos que un pedrusco... Nunca me lo perdonaré.

—No quiso escandalizarla, Myrna. Tío Henry tenía un alto sentido de su dignidad.

—Me gustaría conocerla.

—¿A Germaine?

—Sí, desde luego. ¿Cuál es su dirección en París?

—Lo siento, pero no lo sé.

—¿Cuál es su nombre completo?

—Lo ignoro. Sólo sé de ella que se llama Germaine.

—La mujer misteriosa... Señor Moore... Eso me recuerda que mi tío tenía otro amigo en París.

—Henry tenía amigos en todas partes.

—Quizá usted conozca a éste. Su nombre es François Gérard.

—¿François Gérard...? —repitió Moore y quedó un rato pensativo—. No, me temo que nunca oí mencionar ese nombre a Henry.

—Señor Moore, ¿entiende usted de gaviotas?

—¿Eh?

—Gaviotas.

—Señorita Dove, mi especialidad son las mariposas.

—Oh, sí, ya lo sé, es usted entomólogo, como mi tío, pero pensé que habría ampliado su afición a las gaviotas.

—No me interesan en absoluto esas aves...

La joven se despidió.

—Ha sido usted muy amable, señor Moore... Oh, perdone, estaba pensando en algo relacionado con el tío Henry.

—¿El qué, señorita Dove?

—¿Y si Germaine hubiese ido con él en el viaje a las Azores?

—No me dijo nada a ese respecto.

—Gracias por todo, señor Moore.

—Siempre a sus órdenes, señorita Dove.

La acompañó hasta la puerta, pero, antes de que abriese, Myrna dijo:

—Siento mucho que tío Henry no terminara el cuadro que le prometió.

—¿El cuadro? ¿Qué cuadro, señorita Dove?... Es la primera noticia que tengo de que Henry supiese pintar.

—Oh, perdón, entonces no era para usted.

—Así que, Henry pintaba...

—Sí, y lo hacía bastante bien. Desgraciadamente solo conservo un cuadro, un magnífico paisaje marino, un lugar de la costa y una bandada de gaviotas.

Moore entornó los ojos.

—Imagino que el cuadro tiene alguna relación con la pregunta que me hizo antes acerca de las gaviotas.

—No lo tome en cuenta, señor Moore... Fue muy agradable para mí volver a verle.

—¿Sabe una cosa, señorita Dove? Me da la impresión de que ha estado jugando conmigo como el ratón con el gato, y quizá haya llegado mi turno de hacer preguntas.

—Disculpe, señor Moore, pero es preferible que demore para más adelante su interrogatorio. Buenos días.

La joven salió de la casa y poco después se introducía en el auto.

Mientras hacía correr el vehículo, pensó en lo que le había dicho Moore sobre la existencia de aquella mujer, el amor secreto de tío Henry. Tenía un bonito nombre. Germaine. Pero debía olvidar eso ahora. Estaba citada con un hombre y sólo faltaban diez minutos para la hora fijada.

¿Acudía a ella o no...? No conocía a aquel hombre. Sólo sabía una cosa, que había comprado por cien libras el cuadro de las gaviotas que estaba en el portaequipajes. ¿Por qué había comprado aquel cuadro? ¿Qué relación le unía con tío Henry?... ¿Era corriente que alguien comprase el primer cuadro de un aficionado con cincuenta y cinco años de edad?

Todo lo relacionado con las gaviotas estaba rodeado por un profundo misterio. No perdía nada con conocer a Gaynor, y, por el contrario, quizá ganase mucho.

Estacionar el coche le llevó demasiado tiempo y en cuando llegó

al restaurante ya pasaban ocho minutos de la hora.

De pronto recordó algo que no había tenido en cuenta. ¿Cómo iba a conocer a Gaynor?

—Hola, señorita Dove.

Miró a la derecha de donde llegaba la voz y vio detenerse ante ella a un joven de unos veintiocho años de figura atlética, rostro moreno, cabello negro, ojos azules y mentón hendido.

—Soy Broderick Gaynor.

—¿Americano?

—Sí.

—Discúlpeme que haya llegado tarde.

—No tiene importancia. Reservé ya una mesa. ¿Me permite...?

Fue con él a la mesa y la ocuparon. Él estaba bebiendo un «Martini».

—¿Comerá algo, señorita Dove?

—No, beberé lo mismo que usted.

Gaynor hizo el encargo a un camarero.

—¿Dónde está el cuadro, señorita Dove?

—En sitio seguro.

—¿Me quiere decir por qué se muestra tan reacia a desprenderse de él...?

—Lo mío tiene una explicación. Es el único cuadro que pintó mi tío. Es lógico que pretenda conservarlo. Por el contrario lo suyo es mucho más absurdo. Asegura que pagó cien libras por el cuadro...

—Así es.

—¿No le parece eso extraño?

—Mi tío no tuvo oportunidad para mostrar su habilidad como artista.

—No me engañará a mí, señor Gaynor.

Broderick no se inmutó por eso. Continuó sonriendo.

—¿Por qué piensa que la voy a engañar?

—Ya le he dado una respuesta. Nunca oí su nombre a tío Henry.

—¿Le hablaba de todos sus amigos?

—De casi todos. No olvide que yo era su secretaria.

—Muy bien, señorita Dove. —Gaynor alzó los ojos y Myrna vio como sus ojos brillaban intensamente—. Señorita Dove, es importante que me de ese cuadro.

—Suponga que no se lo doy.

—No bromeo, señorita Dove —él la volvió a mirar.

—No bromeo.

Gaynor apretó los maxilares.

—Señorita Dove, es muy peligroso lo que está haciendo.

—¿Peligroso querer conservar un cuadro de mi tío?

—Usted ignora ciertas circunstancias.

—Yo le he dado explicaciones de mi posición, ahora le toca a usted, puesto que sus razones artísticas no han resultado convincentes.

—Eso nos llevaría algún tiempo.

La joven cruzó los brazos.

—No se preocupe, señor Gaynor. No tengo nada que hacer. Le escucharé muy gustosa, aunque para ello tenga necesidad de invertir un par de horas.

—Me temo que no podemos disponer siquiera de treinta minutos. Le hablé antes de un peligro.

—Sólo pretende coaccionarme, señor Gaynor. Ahora me quiere asustar. Ande, dígame que dos hombres nos vigilan.

—Sí.

—Diga también que dentro de un momento sacarán las pistolas.

—Es posible.

La joven rió con buen humor.

—Me siento la protagonista de una de esas aventuras que se cuentan en las novelas o que pasan por la pantalla... La chica que lleva una vida monótona, pacífica, envuelta de pronto en un fantástico asunto... ¿Qué debo agregar? ¿Cómo debo calificar este negocio? No podemos decir que se trata del robo de un cuadro que vale miles de libras esterlinas... Sería risible en estas circunstancias. El famoso cuadro de Henry Skelly, *Bandada de gaviotas*.

—Ha elegido un mal momento para bromear, señorita Dove. Esos dos hombres a los que me referí antes existen. Están aquí, muy cerca de nosotros.

La joven miró a su alrededor. En una mesa cercana vio un hombre gordo que discutía con otro más delgado. El primero hablaba con la boca llena y el segundo escuchaba cabeceando en sentido afirmativo.

—Si se refiere a esos dos, me temo que los eligió muy mal, señor Gaynor.

—No son esos dos.

—¿Dónde están?

—En la mesa más cercana a la puerta. Pero no mire.

—¿Por qué no he de mirar?

—Se me ha ocurrido un plan.

—Oh, sí, yo le digo dónde está el cuadro, y usted va a por él y yo me quedé aquí para despistarlos.

—No, señorita Dove, usted es la que va a ir y yo me quedaré aquí...

—¿Y luego?

—Dentro de unas horas nos volvemos a ver en la estación Victoria.

—¿Para qué?

—Naturalmente, para que me de el cuadro.

—Ni lo piense, señor Gaynor.

Gaynor apretó los puños sobre la mesa.

—Señorita Dove, esto no es una broma. Le repito que su vida está en peligro.

Ella soltó una carcajada, aunque su risa sonó falsa.

—Qué emocionante...

—Esos hombres no vacilan en matar.

—¿Con pistola o cuchillo?

—Ya puede estar segura de que será la pistola.

—No pienso hacerle ningún caso, de modo que deje ya el melodrama, señor Gaynor.

El miró a espaldas de la joven.

—Cuidado, señorita Dove. Se han puesto en pie. Pueden ocurrir dos cosas, que salgan o que vengan hacia aquí.

—Supongo que vienen hacia aquí.

—Sacarán la pistola para matarme.

—Qué tontería.

—Ya vienen. Escuche bien lo que le voy a decir, señorita Dove. Los dejaré llegar hasta que se encuentren a dos yardas de la mesa. Cuando le haga una señal con el dedo índice, usted se tiene que levantar. Ha de ser muy rápida porque eso me permitirá lanzar la mesa contra ellos.

La joven estaba borrando poco a poco la sonrisa.

—Sigo sin creerlo, señor Gaynor.

—Todavía no terminé, señorita Dove. No se entretenga un solo segundo cuando empiecen a ocurrir los acontecimientos. Lo más probable es que me peguen un tiro, pero no espere a conocer el resultado. Eche a correr y salga de aquí lo más aprisa que pueda... Recuérdelo, ha de estar dentro de dos horas en la estación Victoria, ventanilla de Manchester. En el caso de que me maten, vaya a París. Hotel Benoit, habitación 17. Pregunte por Christian... ¡Cuidado, ya están aquí! ¡Prepárese!

La joven sintió los latidos de la sangre en las sienes. Si todo era falso, debía reconocer al menos que Gaynor era un gran actor.

Fue a volver la cabeza, pero él habló con rapidez.

—¡No haga eso! Recuerde mi señal. Voy a arrojar la mesa. Es mi única salvación y la de usted.

Myrna se quedó encogida. Vio cómo las manos de él se apoyaban en el borde de la mesa.

—¡Ahora! —dijo él por entre los labios.

Myrna se puso en pie de un salto, apartándose.

Gaynor también se levantó, al mismo tiempo que lanzaba la mesa al aire.

—¡Eche a correr! —dijo Gaynor.

Ella se había vuelto para mirar. La mesa había chocado contra dos hombres, uno alto, de patillas largas, y el otro de cara redonda. El segundo ya tenía una pistola en la mano.

No quiso ver más y echó a correr.

En ese momento oyó un estampido y luego dos más, casi seguidos.

Varias mujeres se pusieron a chillar.

Myrna siguió avanzando hacia la puerta. Era verdad lo que le había dicho aquel hombre.

Oyó más estampidos, y una de las balas silbó a pocas pulgadas por encima de su cabeza... ¡Estaban tirando contra ella!

El alboroto en el local era cada vez más grande.

Algunos comensales empezaron a correr también hacia la puerta, pero Myrna les había tomado ventaja a todos.

No se detuvo para volver la cabeza.

Ya en la calle, corrió hacia su auto.

Otros comensales salieron precipitadamente detrás de ella.

Oyó dos disparos más y una mujer salió gritando.

—¡Han matado a un hombre...! ¡Yo lo he visto caer!... ¡Le dieron en el pecho...!

¿Cuál de los tres sería? ¿Gaynor?... No podía detenerse a preguntarlo.

Puso en marcha el auto y apretó a fondo el pedal del acelerador alejándose del restaurante Gold Fish.

Poco a poco se fue tranquilizando.

Pensó en la policía. Sí, ése era el camino regular, pero se vería envuelta en un lío... ¿Qué explicación les podía dar? ¿Quién era Gaynor realmente?... ¿Qué relación tenía con su tío?...

Oh, no, no podía cometer ahora otro error. Además, no sabía si Gaynor había muerto. Pero existía una forma de informarse, acudiendo a la segunda cita que le había dado. Debía estar en la estación Victoria al cabo de una hora. Se puso a dar vueltas por la ciudad, pero luego sintió hambre. Quizá se debiese a la emoción. Otras veces le había ocurrido, aunque jamás había pasado por aquel trance. Se había burlado de Gaynor cuando le estaba informando acerca de las intenciones de los dos tipos. ¿Por qué habían querido matarlos?...

No, no debía hacer ya ninguna pregunta hasta hablar con Broderick. El le contaría la verdad. Toda la historia. Estaba claro que Gaynor la sabía y, de una vez, despejaría todas las incógnitas.

Entró en un restaurante que antes nunca había visitado, cerca del Soho.

La cocina resultó buena, así como el café.

Fumó dos cigarrillos consultando constantemente el reloj. Por fin se puso otra vez en camino.

Estacionó el coche y se dejó arrastrar por el gentío que se disponía a entrar en la estación.

Quería pasar desapercibida porque ahora ya no estaba segura de sí misma. Faltaban cinco minutos para la hora fijada cuando llegó cerca de la ventanilla donde se expedían los billetes para Manchester. No, allí no estaba Gaynor.

Alentó la esperanza de que se hubiese retrasado.

Se llegó al quiosco y compró un periódico.

Regresó otra vez cerca de la ventanilla de Manchester e hizo como que leía el periódico, desplegado éste ante su cara. De vez en cuando, miraba por encima de las hojas.

Las saetas del reloj señalaron inexorablemente la hora en que Gaynor la había citado.

Myrna sintió que su cuerpo estaba cargado de tensión, como si una poderosa corriente estuviera pasando por su sistema nervioso.

Un hombre tropezó con ella y Myrna se volvió dando un grito.

—Disculpe, señorita —dijo un tipo de nariz aguileña y luego, muy aprisa, se alejó de ella.

Ya pasaban dos minutos de la hora, pero Gaynor no había aparecido.

Cinco minutos más...

Myrna se fue relajando poco a poco.

Ya había pasado la hora. Gaynor no había ido. Naturalmente, nunca podría ir a la estación Victoria. Estaba muerto. Aquellos hombres lo habían matado en el restaurante Gold Fish. ¿Cómo había sido tan ingenua al pensar que él podría escapar? Ahora sólo tenía un camino, el de la policía, ¿o habría otro...? Oh, sí, él le había dicho que tenía que ir a París, al hotel Benoit, y allí preguntar por Christian.

Gaynor había contado con la posibilidad, de que lo matarían y habría sido más lógico pedirle que ella fuese a la policía, pero no, él le había dado la dirección de París.

París, justamente donde vivía aquel otro hombre, François Gerard, a quien Henry debía enviar el cuadro, como así lo demostraba la etiqueta sobre el papel de embalaje.

Y también vivía en París Germaine, el amor secreto de Henry...

Sí, tenía la corazonada de que en París descubriría al fin todo el misterio.

Cuando llegó a esa conclusión, echó a andar y salió de la estación Victoria.

Iría a Francia.

CAPÍTULO IV

—¿Dónde va, señorita?

Myrna se detuvo camino de la escalera.

El vestíbulo del hotel Benoit estaba muy mal iluminado, por lo que no había visto al hombre que estaba en el registro, aunque ahora no tenía seguridad de que hubiese estado un segundo antes. Las cortinas de detrás se movían. Aquel empleado de cabello lacio tenía que haber estado dentro y salió al oír el repiqueteo de sus tacones.

—Vengo a ver a Christian.

—¿Christian?

—Sí, el de la habitación 17.

Myrna creyó ver una sonrisa sarcástica en los labios del empleado.

—Dijo que no estaba para nadie.

—De todas formas, lo veré.

—Eh, oiga, ¿qué les da él?

—No entiendo.

—Oh, sí, todas dicen lo mismo. Vienen por el arte. Claro que sí, Christian es un gran artista..., Es eso, ¿verdad, señorita? Su alma se siente inspirada al lado de él.

—Creo que está diciendo muchas tonterías —repuso la joven y echó a andar hacia la escalera.

Mientras subía, oyó la risita del empleado.

Arriba se internó por un corredor cuya alfombra estaba sucia y raída.

Oyó una batería. Parecía el acompañamiento de una pieza de jazz, pero no escuchó el contrapunto de otro instrumento. Sólo la batería. Y la estaban tocando justamente en la habitación 17.

Golpeó en la puerta y esperó.

El intérprete de *jazz* continuó moviendo los palillos.

Entonces, llamó con más fuerza.

De pronto calló la música.

Myrna oyó unos pasos y la puerta le fue abierta por un hombre que estaba en mangas de camisa. Era moreno, de unos treinta y cinco años, rostro de facciones enérgicas.

—No hay dinero —dijo él.

—¿Cómo?

—Ya lo has oído, de modo que vuelves con tu patrón y le dices que pase la factura a final de mes.

—Disculpe, pero no vengo a cobrar...

—¿No?

—No, señor.

—Es lo otro, ¿eh? —dijo él y la midió de pies a cabeza.

—¿Me puedes decir qué es lo otro?

—Emociones nuevas.

—Eso lo comprendo, tiene una relación con lo que me dijo el empleado.

—¿Qué te dijo el empleado?

—Al parecer, tiene usted muchas visitas femeninas.

—La verdad es que estoy bien servido, pero tienes mi palabra de que últimamente no recibí un ejemplar como tú.

—Cuidado, amigo, se está equivocando otra vez.

—¿Sí?

—Tampoco vine como ejemplar.

—¿A qué viniste entonces, nena?

—Me envía un amigo suyo, pero ¿no sería mejor que siguiésemos hablando dentro...?

—Claro que sí, dulzura... Anda, pasa.

Myrna entró.

La habitación ofrecía un gran desorden. En un rincón estaba la batería y una pequeña silla, en la que Christian se sentaba para interpretar sus números. Había un diván con algunos platos de comida y, sobre una mesa, una botella de *whisky* con unos dedos de licor.

—Tengo muy poco que ofrecerte, nena. Mi frigorífico está vacío. Pero queda *whisky*.

—No, gracias.

—Anda, bebe.

—Permítame que decline la invitación.

—Está bien, como quieras.

Christian quitó el plato con los restos de comida y Myrna se sentó en el diván. El lo hizo a su lado y le echó el brazo sobre los hombros de la joven.

—Eh, ¿qué hace, Christian?

—Cuando ensayo, me concedo quince minutos de descanso.

—Pues descanse.

—Pero tampoco me gusta perder el tiempo.

La intentó besar, pero ella lo detuvo poniéndole una mano en el pecho.

—No sea usted vulgar, Christian.

El de la batería quedó un poco desconcertado.

—Eh, nena, ¿no viniste aquí a que te hiciese el amor?

—Claro que no.

—¿Eres una puritana?

—Una inglesa —dijo ella levantando la barbilla.

—Serás todo lo inglesa que quieras, pero estás muy atrasada en vuestras costumbres.

—¿Quién se lo ha dicho?

—Leo los diarios. Habéis cambiado. Ahí está el doctor Ward y lo de Christine Keeler para probarlo.

—Yo no soy Christine Keeler.

—Pues tienes cierto aire.

—¿Quiere dejar de ser prosaico? He venido aquí para hablarle de un asunto muy grave.

—Está bien, pero termina pronto. Me tiene sin cuidado lo que me digas.

—Cuando le diga el nombre del amigo que me envía, estoy segura de que cambiará de opinión.

—Adelante.

—Broderick Gaynor.

—¿Quién es ése?

Myrna arrugó el ceño.

—Su amigo.

—No tengo ningún amigo que se llame Broderick Gaynor.

—Está mintiendo.

—Oye, ¿sabes lo que te digo...? Tú estás chiflada... Te llegas aquí, interrumpes mi trabajo, te invito a pasar y, ¿qué es lo que ocurre después?... Ni bebes ni dejas que te bese y ahora te pones a hablar de alguien que no conozco... ¿Sabes lo que te digo? Te confundiste, nena.

—No es posible. El me dijo que viniese aquí... Y me lo dijo en Londres.

—¿Quieres decir que has venido de Londres para verme?...

—Sí, Christian, y le aseguro que me di mucha prisa en tomar el primer avión.

Christian dio unas cuantas cabezadas.

—¿Y dónde te dejaste la camisa de fuerza?

—¿Qué?

—Ya lo has oído.

La joven se puso en pie de un salto.

—No estoy dispuesta a consentir que me insulte —pero de pronto se mordió el labio inferior diciéndose que estaba, llevando muy mal aquel asunto—. Su nombre es Christian, ¿verdad?

—Christian Jolivet, nacido en Marsella el año 1949.

—Y tiene un amigo que se llama Broderick Gaynor.

—¿Cuántas veces te he de decir que no tengo un amigo con ese nombre?...

—Quizá no lo recuerde, le daré su descripción.

—Está bien, venga su retrato.

—Unos veintinueve o treinta años, de su misma talla, cabello negro, ojos azules... Tiene un hoyo en el mentón, nariz recta... Cuando sonríe es muy simpático.

—No conozco a nadie así. ¿Tiene alguna cicatriz íntima?

—No lo vi en bañador.

—Todavía no sé tu nombre.

—No importa.

—Claro que importa. ¿Crees que todos los días recibo a desconocidas?

—Myrna Dove. Y ahora adiós.

—¿Adónde vas?

—Creo que no es de su incumbencia.

—Sólo trataba de darte una oportunidad.

—¿Una oportunidad para qué?

—Es posible que a la próxima vez que nos veamos marchen las cosas de mejor forma... Soy un tipo muy agradable, no lo digo yo, sino ellas...

—No me incluya en el grupo de sus admiradoras, señor Jolivet.

La joven salió del apartamento y, cuando se encontró a la otra parte, inspiró profundamente. No había servido de nada aquella visita. Pero ¿por qué Broderick Gaynor le había dado aquella dirección? Aquél era el hotel Benoit, habitación 17 y justo detrás de la puerta quedaba el hombre que respondía por el nombre de Christian.

Cuando estaba en el restaurante Gold Pish con Gaynor, ella dijo que se sentía como una muchacha de vida pacífica qué de pronto se había sumergido en un punto misterioso, como ocurría en las novelas o en la pantalla, pero en aquel momento estaba muy lejos de suponer cuánta verdad había en sus palabras.

Bajó la escalera.

El empleado la recibió con risa sardónica.

—Demonios, es la visita más corta que él ha tenido.

Myrna pensó que debía ser amable con su interlocutor.

—¿Puede decirme cuánto tiempo lleva Christian en el hotel?

—Tres meses.

—¿Qué es?

—¿No lo vio?... Toca la batería.

—Pero imagino que forma parte de una orquesta.

—Si.

—¿Dónde trabaja?

—En una de esas cuevas de Saint-Germain-des-Prés. Creo que se llama La Luciérnaga.

—¿Qué hace además de tocar la batería?

—Recibir a chicas muy monas, pero debo decirle que de todas las que se llegaron ninguna compite con usted.

—Es usted muy amable.

Myrna abandonó el hotel defraudada, sumida en un mar de confusiones. Bueno, le quedaba por hacer una segunda visita.

Al llegar al número 274 de la rué Saint-André-Des-Arts, encontróse una vieja casa sobre cuya puerta había un cartel que decía: «François Gerard. Arte antiguo».

Empujó una puerta que produjo un campanilleo y se encontró en una pequeña sala sobre cuyas paredes se exhibían cuadros.

Había un hombre con las manos a la espalda mirando uno de ellos.

—¿Señor Gerard? —dijo Myrna aproximándose.

El hombre se volvió. Portaba gafas con armazón de carey sobre una nariz muy abultada. Una de sus manos, la izquierda tenía un guante negro.

—No soy el señor Gerard, sólo un admirador de las obras de arte.

—Perdone —se disculpó la joven.

—El señor Gerard entró en su despacho hace unos minutos. Es la puerta que ve al fondo.

Myrna le dio las gracias y se dirigió hacia aquella puerta.

Llamó, pero, como no le contestasen, abrió y encontróse en un despacho. Las paredes también exhibían cuadros. En la estancia no había nadie. Sobre una pequeña mesa se amontonaban muchos legajos.

De pronto oyó un chasquido.

Por una puerta disimulada en la pared había aparecido un hombre. Era pequeño, un poco encorvado, de manos huesudas.

—¿A qué debo el honor? —dijo con una ligera inclinación.

—Mi nombre es Myrna Dove.

—Encantado de conocerla, señorita Dove... Imagino que recibió uno de nuestros últimos catálogos dedicado al arte medieval italiano.

—No, señor Gerard, no recibí ningún catálogo de ustedes porque no soy cliente. El motivo de mi visita es otro.

—Usted dirá.

—Soy la sobrina de Henry Skelly.

—¿Henry Skelly...? Perdone, pero no lo recuerdo. Tendré que mirar mi fichero.

El hombre se dirigió hacia el fichero metálico que había contra la pared. Abrió un cajón y se puso a mirar unos cartones. Cuando terminó de consultarlos, chascó la lengua.

—Lo siento, señorita Dove, pero tampoco aparece aquí el nombre.

—Verá, señor Gerard, mi tío Henry pintó un cuadro. Se lo iba a

enviar a usted...

—Señorita Dove, siempre me he preocupado por los nuevos valores en la pintura. Usted habrá visto a la entrada la galería donde exhibo una veintena de cuadros... Son pintores cuyo valor todavía no ha sido reconocido. Siento una gran pasión por darlos a conocer, pero soy yo quien los elige.

—Señor Gerard, yo no conozco la razón por la cual mi tío le iba a mandar su cuadro, el único que había pintado.

—Debe haber un error... Quizá usted confundió mi nombre.

—Oh, no, lo dice bien claro la etiqueta. «François Gerard, 274 rue Saint-André-Des-Arts».

El comerciante en arte antiguo sonrió.

—¿Quizá se trataba de alguna copia de la escuela inglesa del medievo? Existen muy pocos ejemplares y algunos pintores ingleses se dedican a copiar esas raras obras.

—No, señor Gerard. El cuadro de mi tío tenía un motivo muy moderno, un lugar de la costa de Cumberland azotado por el mar. Sobre el cielo, con nubes grises, vuela una bandada de gaviotas.

—¿Bandada de gaviotas...?

—Sí, señor Gerard... ¿Le dice eso algo?

Gerard carraspeó.

—Señorita Dove, ¿viene usted de Inglaterra?

—Sí, de Londres. Acabo de llegar a París.

—¿Trae usted consigo el cuadro?...

—Sí.

Gerard carraspeó suavemente y consultó su reloj pulsera.

—Perdón, señorita Dove, pero necesito tomar mis comprimidos... Dos cada tres horas... Sufro una dolencia del estómago. Usted me permitirá, ¿verdad?... —Hizo un saludo y desapareció.

Myrna iba a pedirle que se quedase, pero ya era demasiado tarde. La puerta se había cerrado tras de François Gerard.

Su diálogo con aquel hombre la había desconcertado más de lo que estaba al llegar. Primero había dicho no conocer a Henry, pero al hablar del cuadro, concretamente de la bandada de gaviotas, el señor Gerard había cambiado de actitud.

Naturalmente, ella no creía en la dolencia del estómago ni en la necesidad de tomar sus comprimidos. Sólo había sido un pretexto

para salir de allí.

De repente oyó otra vez el chasquido de la puerta y François Gerard reapareció tocándose suavemente la boca con el pañuelo.

—Disculpe, señorita Dove... Ya estoy de vuelta. Le pediré ahora un favor.

—¿Sí?

—Quiero ver el cuadro.

—¿Por qué?

—¿Cómo por qué? Recuerde que su tío me lo iba a enviar.

—Pero usted sólo estaba interesado en el arte antiguo, recuérdelo, arte medieval. Ya le he dicho que mi tío pintó un lugar da la costa de Cumberland, y puedo asegurarle que no hay ningún caballero con armadura.

—Es usted muy graciosa, señorita Dove.

—No más que usted.

—Señorita Dove, ya le he dicho que soy un protector de los pintores desconocidos y que naturalmente poseen un valor artístico... Quizá su tío pintó algo excepcional.

—Eso creo yo, que pintó algo excepcional, a juzgar por el interés con que ciertas personas desean ese cuadro.

—No la comprendo.

—¿Sabe que se ha cometido ya un crimen?

—Me deja estupefacto.

—¿No se ha enterado de lo que ocurrió en Londres? Un hombre fue muerto por dos *gangsters*.

—No entiendo nada de lo que me dice, señorita.

—Oh, claro, usted lo único que desea es el cuadro...

—Sí.

—Y si el cuadro resulta bueno, usted lanzará el nombre de mi tío.

—Si es un pintor que vale, nada me será más grato.

—¿No sabe lo qué le pasó a mi tío?

—Ya le he dicho que ignoro todo lo que se refiere a él.

—Está muerto.

—¿También lo mataron los *gangsters*?

—Usted debería saber que ése no fue el final. Era uno de los pasajeros del trasatlántico *Monrovia*.

—Oh, cuánto lo siento... He leído los diarios... Fue una gran

catástrofe. Señorita Dove, acepte mi más sentido pésame.

—Muchas gracias, y ahora adiós.

—Eh, ¿adónde va?

—Me vuelvo a Londres.

—Pero usted dijo que tenía el cuadro...

—Y lo tengo, pero me lo llevo.

—Oh, no puede hacer eso... ¿No se da cuenta?... Sería injusta con su tío.

—Le voy a hablar con sinceridad, señor Gerard. No creo que tenga un valor artístico el cuadro que pintó tío Henry. Y le voy a agregar algo más. Es mejor que su nombre quede ignorado en la historia del arte.

—Me temo que no es usted la persona adecuada para emitir un juicio sobre un pintor.

—Señor Gerard, el interés que usted y otras personas sienten por el cuadro de mi tío, no tiene nada que ver con el arte.

—¿Cuál cree que es entonces mi interés, señorita Dove...?

—Es una pregunta a la que no puedo contestar. Sólo usted me podría dar la respuesta, pero imagino que no me la dará.

—Quizá si veo el cuadro...

—No, no lo verá. Tuve mucho gusto, señor Gerard.

—Espere, señorita Dove. —Gerard había ido hacia la puerta por donde había aparecido dos veces y la abrió de un tirón.

Myrna, asombrada, vio entrar en el despacho a un hombre a quien ya conocía, a Christian Jolivet, el chico de la batería.

CAPÍTULO V

—Hola, señorita Dove.

—Usted...

—Le habrá extrañado mucho mi comportamiento en la habitación del hotel.

La joven dejó escapar el aire que contenían sus pulmones y dijo mientras sacudía la cabeza:

—Creo que, tal como están ocurriendo las cosas, llegará un momento en que no me asombrará nada.

—Existe una explicación para todo, señorita Dove.

Ahora Christian parecía muy serio y hablaba con voz grave.

—Señorita Dove, nos vigilaban.

—Oh, no, eso no puede ser. En aquella habitación sólo estábamos usted y yo, ¿o me va a decir que había alguna persona en el cuarto de baño y nos espiaba desde allí?

—No, señorita Dove, estábamos solos en el apartamento, pero había un micrófono.

—¿Un micrófono?

—Camuflado.

La joven se tocó la cabeza.

—Oiga, ¿me equivoqué de dirección y me metí en una película de Hitchcock?

Pero el chiste no produjo ningún efecto en los dos hombres que la estaban mirando.

—Señorita Dove —habló Christian—. Está metida en un negocio. Usted puede ver uno de esos films tranquilamente en su butaca. Esto es algo más. La vida real.

—Ya me cercioré de que no era víctima de una pesadilla cuando oí ciertos disparos en un restaurante de Londres.

—De modo que mataron a Broderick.

—Lo conoce, ¿eh?

—Claro que lo conozco, pero ya le he dicho que había un micrófono en mi habitación y no podía darme a conocer. Ahora lo importante es el cuadro. ¿Dónde lo tiene?

La joven titubeó unos instantes.

—No lo diré.

Los dos hombres se miraron y François dijo:

—Christian, convéncela. Esto ya resulta demasiado pesado para mí.

Christian caminó hacia la joven, se detuvo ante ella y sacó un paquete de cigarrillos.

—¿Fuma?

—No, gracias.

—Yo lo haré con su permiso.

Christian encendió un cigarrillo y, tras arrojar dos chorros de humo por los agujeros de la nariz, dijo:

—¡Señorita Dove, usted vino a París en mi busca! Broderick le dio mi dirección. ¿Cierto o no?

—Sí, debo admitir que ha sido así.

Gerard intervino.

—Y ese cuadro que pintó su tío iba dirigido a mí, ¿conforme, señorita Dove?

—Conforme.

Volvió a hablar Christian.

—Aquí nos encontramos pues, las dos personas con las que está relacionado este caso. ¿Necesita algo más para darnos el cuadro?

—Sí, señor Jolivet. Necesito saber qué significa ese cuadro. Quién era Broderick Gaynor, por qué lo mataron, quiénes eran los hombres que dispararon en el restaurante contra Gaynor... En resumen, caballeros. Necesito saberlo todo.

—No, señorita Dove. No le conviene saberlo.

—¿Por qué no?

—Corriente, señorita Dove. Se lo contaré.

—No, Christian —repuso Gerard—. No puedes hacer eso.

—Sera mejor que se lo expliquemos, François.

—Sería tanto como condenarla a muerte.

—Bien sabe Dios que he tratado de quitárselo de la cabeza, pero

no ha servido de nada...

Gerard dio unos pasos hacia la joven.

—Señorita Dove, si permite que Christian le cuente el asunto, su vida valdrá menos que un centavo.

—Estoy dispuesta a arriesgarme.

—Lo lamentará más tarde.

—Entonces, será asunto mío.

—Está bien, señorita Dove, pero recuérdelo. Christian y yo hemos tratado de prevenirla.

La joven miró a Christian.

—Cuando usted quiera, señor Jolivet.

—El cuadro de su tío Henry contiene un secreto.

—¿Cuál es el secreto?

—Una fórmula diabólica.

—¿A qué se refiere esa fórmula?

—¿No basta con que le diga eso?

—No. Quiero saberlo todo.

—Hipnosis a distancia.

—¿Cómo?

—Parece increíble, ¿verdad?... Pero gracias a ese secreto toda una nación podrá ser hipnotizada. La distancia no cuenta para nada. Da lo mismo que el paciente se encuentre a mil kilómetros del hipnotizador. Un satélite artificial emitirá sobre el país elegido una serie de radiaciones durante dos días. Con ese tratamiento, millones de personas quedarán a merced del hipnotizador que podrá encontrarse a miles de millas de distancia. Para él será coser y cantar convertir el pueblo tratado en un ejército de robots.

—Pero yo no puedo creer que tío Henry haya inventado eso.

—No lo inventó Skelly.

—¿Quién?

—Un amigo suyo. El profesor Scheleburger.

—Esos alemanes lo inventan todo.

—Esta vez no es alemán.

—Oh.

—Se nacionalizó inglés al término de la guerra.

—Oiga, yo he visto el cuadro de mi tío y allí no hay ninguna fórmula.

—Claro, usted sólo habrá visto las gaviotas, el mar y la costa.

—Sí.

—La fórmula está detrás de la pintura.

—Ya entiendo. Se proyecta una luz especial sobre el cuadro y enseguida aparece la fórmula.

—Exactamente.

—¿Qué relación existía entre mi tío Henry y el profesor Scheleburger?

—Eran amigos.

—Yo nunca conocí al profesor Scheleburger.

—Señorita Dove, varios países conocían los experimentos del profesor Scheleburger. Él no había querido trabajar por cuenta de ningún Gobierno.

—Era un inventor independiente, ¿eh?

—Si lo podemos llamar así.

—¿Por qué se relacionó con mi tío Henry?

—Eran amigos, a pesar de que usted no lo conocíase. El doctor quiso hacer llegar a nosotros su fórmula. Por eso se le ocurrió que su tío Henry lo podía ayudar.

—Falta lo más importante.

—¿Todavía le queda alguna pregunta por hacer??

—Varias, señor Gerard. Y las haré por orden. En primer lugar, ¿quiénes son ustedes? ¿A quién representan?

—Somos los salvaguardadores de su libertad.

—Por favor, señor Gerard, no me conteste con frases de un gran valor literario, pero que no tienen ningún sentido práctico.

—He querido decir que el señor Jolivet y yo representamos al Occidente. Y con eso quiero decir que su patria está incluida.

—Pero ustedes tendrán algún título especial... Imagino que poseerán un carnet de identidad y que en él no dirá solamente la palabra «espía».

—El señor Gerard y yo pertenecemos a la oficina de Información Estratégica y ya le hemos dicho demasiado. No podemos mostrarle ese carnet al que se ha referido. Si fuésemos exhibiéndolo por todas partes, serían tanto como poner nuestro cuello bajo el hacha del verdugo.

—¿Quién era Broderick Gaynor?

—Un americano que había sumado sus esfuerzos a los nuestros para conseguir la fórmula de Scheleburger.

—¿Y los dos hombres que dispararon sobre él en el Gold Fish?

—Nuestros enemigos.

—¿Qué clase de enemigos?

—Aventureros pagados por una pandilla internacional que desde hace mucho tiempo van tras el secreto del profesor Scheleburger.

—Háblenme más de esa pandilla internacional.

—Estamos perdiendo un tiempo precioso, señorita Dove.

—¿Quién dirige la pandilla?

—Un hombre llamado Mano Negra. Y no pregunte nada más.

De pronto Myrna recordó algo.

—¿Ha dicho Mano Negra?

—Sí.

—¿Cómo es ese hombre?

—Un tipo alto, de unos cuarenta y cinco años al que le falta la mano, por lo que utiliza una ortopédica que cubre con un guante negro. De ahí su apodó.

—Y utiliza lentes con armazón de carey.

—Sí, ¿cómo lo sabe?

—Está ahí fuera.

—¿Cómo?

—Lo encontré cuando llegaba.

Christian llevó la mano a la axila, pero en ese momento se abrió la puerta de golpe y el hombre que Myrna había visto a la entrada irrumpió en la estancia con una pistola en la mano.

—¡Quietos todos! —ordenó con voz enérgica.

El hombre de los lentes con armazón de carey sonrió al ver que Christian dejaba colgar los brazos.

—Así me gusta, señor Jolivet. Que sea obediente.

—Ha tardado mucho en aparecer, Mano Negra.

—Siempre llego a tiempo. Ésa es una de mis mayores cualidades.

El aparecer cuando es necesario.

—Esta vez se equivocó.

—¿Sí?

—El cuadro ya siguió su camino.

Mano Negra sonrió mirando a la joven.

—¿Qué dice usted a eso, señorita Dove?

—¿Me conoce? —dijo ella forzando tina sonrisa.

—Sí. Conozco todo lo que se refiere a usted. Veinticuatro años,

nacida en el vuelo 708 de la BOAC el 13 de setiembre de 1952. El avión se dirigía desde Londres a El Cabo. Su madre se encontró mal de súbito y fue atendida por la azafata.

—Qué delicadeza la suya al recordarme el día en que me trajo el avión... Ya no lo recordaba... Era tan pequeñita...

—No bromeé, Myrna. ¿Dónde está el cuadro?

—Aquí hay muchos. ¿A cuál de ellos se refiere?

—No me interesa ninguno de los que hay aquí.

—¿No? Pues se pierde mucho. Pertenecen al arte del medievo.

—Señorita Dove, al parecer olvida lo que exhibo ante sus ojos.

—Una mano ortopédica.

—No se fije en ésa, sino en la sana. Maneja una pistola.

—¿Qué marca?

—Tiene un alto sentido del humor, señorita Dove. Antes de entrar oí algo por detrás de la puerta. Uno de estos caballeros le decía que estaba poniendo en peligro su vida... Debo decirle ahora que no la engañaron.

Christian intervino.

—Señorita Dove, será mejor que obedezca.

Myrna dio un suspiro.

—Está bien, señor Mano Negra, le obedeceré. Pero antes dígame su nombre. No me gusta llamarlo por ese apodo, es horroroso.

—Tengo un nombre para cada país... En Grecia fui Alexis. En Egipto Yashim, ahora, puesto que estamos en Francia, seré Jacques. ¿Le gusta?

—Es usted un desaprensivo.

—Discúlpeme, señorita Dove, pero no tengo tiempo para oír sus amables dedicatorias. ¿Dónde está el cuadro? Y le ruego que no me haga perder la paciencia.

—Muy bien. Le daré el cuadro.

—Gracias.

—A cambio de un precio.

—Oh, no, usted me lo dará sin exigirme nada a cambio porque le voy a conceder lo más importante. Seguir viviendo.

—Señor Jacques, no crea que estoy dispuesta a desembarazarme del cuadro que pintó mi tío. Un cuadro impresionista.

—No me haga reír.

—Tenía que ver usted las gaviotas, lo monas que han quedado...

—¿Cuánto pide?

—Cinco mil libras esterlinas.

—Está chiflada. —Mano Negra rió por entre los dientes.

Myrna apretó los puños.

—No voy a rebajar ni un centavo de esa cantidad.

—Está bien. Le serán servidas las cinco mil libras.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo.

—Saque el dinero.

—No soy yo quien le va a pagar ese precio. De eso se va a encargar nuestro buen amigo François Gerard.

—¿Yo...? —exclamó el francés anticuario.

—Vamos, dese prisa, Gerard. Saque el equivalente a cinco mil libras. No me importa que le pague en francos.

—No tengo el dinero.

Jacques hizo un disparo.

Gerard lanzó un grito. Había sido alcanzado en el brazo y dio una vuelta estrellándose contra la pared.

El rostro de Myrna se puso pálido como el de una muerta.

—Es usted un miserable.

—Sólo quise hacerle una demostración de que nunca amenazo gratuitamente.

—Sí, ya veo que es un asesino perfecto.

—Y ahora se acabó este sabroso diálogo. Usted me dará el cuadro y el señor Gerard se ocupará luego de pagarle las cinco mil libras. Si vacila otra vez, volveré a disparar. ¿Y sabe para quién será la próxima bala?

—Para mí.

—No, para usted no. Es muy linda y la necesito viva. El segundo proyectil será para Christian.

—No hace falta que dispare. Le daré el cuadro.

—No me diga que tiene que ir muy lejos por él.

—Sólo a Inglaterra.

Jacques se echó a reír.

—Le salió mal, señorita Dove. Se trajo el cuadro a Francia.

—¿Cómo sabe eso?

—Usted habría sido incapaz de dejarlo en su país.

—Quiero evitarle un inútil derramamiento de sangre.

—Magnífico, señorita Dove. Siempre me han resultado simpáticas las muchachas bonitas que se deciden a colaborar conmigo.

—El cuadro está en mi auto.

—Vaya, no imaginé que estuviese tan cerca. Pensé que lo habría dejado en la caja fuerte de su hotel.

—No llegué a hospedarme todavía.

—Bien, señorita Dove. Usted y yo saldremos fuera,... En cuanto a estos dos buenos muchachos, los voy a mandar al infierno, que es donde hacen falta.

—Usted no los matará.

—Soy yo quien decide.

—Si mata a estos dos hombres, le juro que jamás tendrá el cuadro.

Jacques alias Mano Negra volvió la pistola hacia Christian con ánimo de disparar.

Myrna saltó sobre él pegándole un manotazo.

Jacques lanzó un grito cuando el arma le cayó a los pies.

La joven no se entretuvo un segundo. Abrió la puerta y escapó por el hueco.

Se estremeció de pronto al pensar que algún cómplice de Mano Negra estuviese esperándola.

Pero se llegó hasta el auto sin que nadie le hubiese dado el alto.

Movió con rapidez la llave de contacto y el motor se puso en marcha.

Poco después se consideró a salvo. Pero debía hacer algo por Gerard y por Christian.

Vio a un policía en una acera y detuvo el coche junto al bordillo con un chirriar de frenos. Saltó fuera y corrió hacia el agente.

—Policía...

—A sus órdenes, señorita.

—Están matando a dos hombres.

—¿Qué dice?

—Mano Negra, con una pistola... 274 rué Saint-André-Des-Arts... Iba a matar a los dos... Primero mataron uno en Londres...

—Tranquilícese, señorita, está hecha un lío...

Pero en el camino. Myrna contó muy poca cosa porque los nervios se habían apoderado de ella. Apenas pudo repetir lo que

había dicho al agente.

En pocos minutos llegaron a la tienda de François.

—Todo está tranquilo —dijo el policía al ver el trozo de calle.

—Prepárese para lo peor... Por lo menos hay dos cadáveres, si no hay tres.

Saltaron del auto y Myrna irrumpió en la tienda.

Se detuvo al ver que el agente no tenía la pistola en la mano.

—Atrape el arma o nos matarán a nosotros también.

El agente se dio mucha prisa en sacar la pistola de la funda.

En la sala donde se exhibían los cuadros de los pintores desconocidos no había nadie, pero de pronto se abrió la puerta que comunicaba con el despacho y apareció un hombre.

Pero no era ninguno de los tres con los que minutos antes había estado Myrna allí.

A decir verdad, era la primera vez que lo veía. Frisaba en los cincuenta años y era un hombre de mediana estatura que vestía un traje de buen corte. Exhibía un monóculo en el ojo derecho.

—Buenos días, señorita... —Se quedó asombrado al ver al policía con la pistola en la mano—. Eh, señor agente, ¿qué ocurre?

Antes de que pudiese hablar el policía, lo hizo Myrna:

—¿Cuántos cadáveres hay dentro?

—¿Cadáveres? —repuso el desconocido—. ¿De qué habla, señorita...?

—Hace un momento salí de aquí... Tres hombres estaban aquí dentro. Iban a pelear... Uno de los hombres tenía una pistola..., iba a matar al señor Gerard...

Al hombre que estaba enfrente se le cayó el monóculo.

—¿Qué dice? ¿Qué me iban a matar a mí...?

—A usted no, al señor Gerard.

—Perdone, pero el señor Gerard soy yo...

—Oh, no... ¿Cómo puede decir eso...? Señor agente, tome nota de eso. Debe ser uno de los esbirros de Mano Negra... Vi bien al señor Gerard... Es pequeñito, un poco encorvado.

El hombre del monóculo sonrió.

—Señor Dupont, usted me conoce... —Se estaba dirigiendo al agente.

—Desde luego, señor Gerard.

La joven miró a uno y otro.

—¿Qué están hablando...?

El agente llamado Dupont enfundó la pistola.

—Señorita, usted ha debido sufrir una fuerte emoción.

La joven echó a correr hacia la puerta que comunicaba con el despacho.

—Eh, ¿qué hace, señorita? —gritó el nuevo Gerard.

—Voy a entrar en esa habitación.

—¡Se lo prohíbo!

—Me importa un rábano que me lo prohíba. Agente Dupont, no quiere que veamos el despacho porque deben haber matado a Gerard y a Christian.

La joven abrió la puerta y penetró en el despacho.

El hombre del monóculo y el agente Dupont habían entrado tras ella.

—¿Encontró los cadáveres, señorita? —preguntó Gerard.

—¿Dónde están los otros? —repuso la joven.

—¿A qué otros se refiere...? Oh, sí, a ese caballero que ha llamado de una forma muy extraña... Mano Negra...

—¿Y qué me dice de Christian, el que toca la batería...?

—Oh, también había un músico...

El agente intervino:

—Disculpe a la señorita, señor Gerard.

La joven dio un chillido.

Dio media vuelta y salió de la estancia corriendo.

Al llegar a la calle no vio nadie alrededor del auto. Puso la llave en el portaequipajes y lo abrió.

Se quedó muy sorprendida al ver que el cuadro embalado continuaba allí.

Miró la etiqueta. Sí, era la misma.

—¿Quiere decirme de una vez qué le pasa, señorita? —Oyó a su espalda la voz del agente Dupont.

No, no podía explicar nada al policía.

Cerró de un golpe el capot y después de dar la vuelta a la llave, se enfrentó con Dupont.

—Me encuentro un poco mareada...

—La acompañaré a su hotel, señorita. ¿O prefiere una clínica...?

—Es usted muy amable, agente, pero quiero que antes me haga un favor. Vaya a la tienda de arte y dígame al señor Gerard que no

me encuentro muy bien, usted sabrá disculparme, ¿verdad...?

—Sí, señorita. Un minuto y enseguida vuelvo.

La joven le dirigió una sonrisa y el agente Dupont se dirigió a la tienda.

Cuando Myrna lo vio desaparecer en el establecimiento, se metió rápidamente en el auto y puso éste en marcha.

¿Qué había pasado en el despacho durante su ausencia?

Un grito pugnaba por salir de su garganta.

Debía tranquilizarse. Eso era lo que debía hacer. Trataban de volverla loca, pero ¿por qué? No debía inquietarse. Ella tenía lo más importante. Conservaba el cuadro. Mientras lo tuviese consigo, todo marcharía bien. Pero ¿cuál sería su próximo paso...?

Había oído que en Francia existía el Deuxième Bureau. Ellos se ocupaban de todo lo relativo al espionaje y contraespionaje.

Iría a un hotel, el hotel Ravignat. Ya había estado en él en otra ocasión. Conocía a alguno de los empleados y no estaba muy lejos de la plaza de la Estrella.

Estacionó el coche y sacó del portaequipajes el cuadro. Luego sólo tuvo que caminar un corto trecho para introducirse en el hotel. Conocía al hombre que atendía el registro, Paul Bouchet. Era un hombre típicamente francés, muy servicial, sonriente.

—Caramba, señorita Dove, qué sorpresa.

Myrna sonrió con amargura.

—Veo que adquirió ya su recuerdo.

La joven apretó contra sus piernas el cuadro.

Un botones se hizo cargo de la maleta de Myrna y fue a tomar bien el cuadro.

—No, gracias... —repuso Myrna—. Lo llevaré yo misma.

—Como quiera la señorita.

Peco después se encontraba a solas en la habitación.

Encendió un cigarrillo. Bueno, ¿qué estaba esperando? Debía ponerse en contacto inmediatamente con el Deuxième Bureau. Había sido su mejor idea.

Tomó el auricular.

—Por favor, señorita, ¿me da línea...?

—Deje ese teléfono, señorita Dove.

La voz no había llegado por el cable. Había sido una voz masculina que Myrna creyó reconocer.

Se volvió sintiendo que el corazón le golpeaba fuertemente contra las costillas. Allá dentro, en la habitación, se encontraba Broderick Gaynor, el joven que debía estar muerto en Londres.

CAPÍTULO VI

—¡Usted! —exclamó Myrna.

Broderick Gaynor se acercó sonriente a la joven.

—¿Qué tal está, señorita Dove?

—Pero... ¿Cómo está usted vivo?

—No me juzgue vanidoso si le digo que es muy difícil pararme los pies.

—Hubiese jurado que estaba muerto.

—Me salvé.

—Pero ¿de qué forma lo logró...?

—Tuve más puntería que ellos.

—¿Quiere decir que mató a los dos...?

—Sólo a uno. Al más alto. Luego gané la puerta que comunicaba con la cocina.

—Entonces, ¿por qué no acudió a la estación Victoria?

—No pude. Me estaban siguiendo y decidí que le pondría otra vez las cosas difíciles si me acercaba. Naturalmente, traté de quitármelos de encima. Cuando lo logré, ya era demasiado tarde.

—Usted debe ser adivino.

—¿Por qué dice eso?

—Está en París y yo también estoy aquí.

—Supuse que vendría.

—¿Por qué?

—En la etiqueta del cuadro figura un destinatario, François Gerard, 27,4 rue Saint-André-Des-Arts.

—¿Quién se lo ha dicho?

—Usted.

—No, señor Gaynor. Se equivoca. En ningún momento le he dicho yo que el cuadro tuviese un destinatario en París.

—¿No?

—Esta vez se pasó de listo, señor Gaynor, y tendrá que darme una explicación más convincente.

Broderick se rascó por detrás de una oreja.

—Me temo que ha llegado el momento de aclarárselo todo.

—No tengo la menor duda de que ha llegado ese momento.

—Empezaremos por el principio.

—Magnífico.

—Mi verdadero nombre no es Broderick Gaynor.

—Vaya, no me sorprende.

—¿Por qué?

—Al parecer, en este asunto hay muchas personas que juegan con distintas identidades. François Gerard, Mano Negra... Usted... Cuando me enfrente con el espejo, le preguntaré a mi imagen si realmente es Myrna Dove. Perdone mi interrupción. ¿Quién es usted realmente?

—Donald Foster.

—¿Hasta, cuándo?

—No la comprendo.

—Primero fue Broderick Gaynor, ahora Donald Foster... Quizá dentro de unas horas me dirá que su nombre es Norman Brophy o cualquier otro.

—No, Myrna. Soy realmente Donald Foster.

—¿Y quién es Donald Foster?

—Un agente de la CIA.

—¿Quiere decir la Agencia Central de Investigación de los Estados Unidos?

—Exactamente.

—Enséñeme su credencial.

—¿Qué?

—Ya lo ha oído. Quiero ver su credencial. ¿O me va a decir que la ha perdido?

—No, señorita, no la he perdido, pero cuando un agente de la CIA se mete en un asunto de envergadura, prescinde de la credencial... Le puedo mostrar, en cambio, una tarjeta de identidad a nombre de Broderick Gaynor, representante de la firma de importaciones y exportaciones Minerva, con sede en Philadelphia.

—Foster sacó la cartera y mostró a la joven la tarjeta a la que se

refería.

—No me dice nada. Usted mismo confiesa no ser Broderick Gaynor. Se lo ha podido robar al verdadero Gaynor.

—Pero le acabo de decir la verdad.

—Una verdad que no puedo comprobar.

—Ha de tener confianza en mí, señorita Dove. Si todo sale bien, en un plazo breve podrá verificar que no la he engañado.

—Voy a suponer por unos instantes que usted es el hombre que asegura ser, Donald Foster, agente de la CIA...

—Gracias.

—Ahora le repetiré mi pregunta de antes. ¿Por qué conoce a Gerard, el destinatario del cuadro?

—Parque voy detrás de él y de la organización que forma parte.

—¿Qué organización?

—Una que se dedica al espionaje en gran escala.

—Está ofendiendo la memoria de mi tío.

—Lo siento, señorita.

—Según usted, mi tío estaba en combinación con esos hombres puesto que él les iba a mandar el cuadro en el que está esa fórmula de la hipnosis colectiva a distancia.

—Sí, es cierto.

—No le creo una sola palabra.

—Comprendo que es doloroso para usted, pero Henry Skelly estaba relacionado con esos hombres.

—Le prohíbo que hable así de mi tío.

—Myrna, en ciertos momentos de la vida hay que ser realistas, especialmente cuando existe el peligro de encontrar la muerte a la vuelta de la esquina.

—No me interesan sus frases que sólo sirven para meter miedo.

—No trato de atemorizarla. Sólo de que se haga cargo de su situación.

—¿Por qué tío Henry iba a hacer una cosa como ésa? El tenía dinero. Poseía una fortuna personal...

—Estaba arruinado.

—¿Quién se lo ha dicho?

—Nos informamos de su situación financiera. Su tío no hizo otra cosa durante toda su vida que dedicarse a los estudios filosóficos. Poco a poco, para poder vivir, tuvo que ir vendiendo la herencia

que había recibido de su padre.

La joven se mordió el labio inferior con fuerza. Era cierto. Recordaba que cuando ella era una niña, tío Henry era un hombre rico. Poseía casas, campos, hasta un castillo, y todo lo fue vendiendo.

—Señor Foster, admito que tío Henry no poseía a última hora, cuando llegó su muerte, la herencia de su padre, pero todavía era un hombre que podía vivir de sus rentas.

—Disculpe, señorita Dove, pero he de contradecirla.

—Poseía una casa en Cumberland, un piso en Piccadilly.

—Sólo eso.

—Cincuenta mil libras esterlinas...

—Quiero aclararle algo a ese respecto, señorita Dove. Esas cincuenta mil libras esterlinas eran el pago a su... —Foster carraspeó.

—Ande, dígalo, a su traición.

—Digamos al precio por su intervención en el negocio...

La joven paseó nerviosa por la habitación, las manos apretadas contra el estómago.

—Está calumniando a tío Henry y eso es algo miserable por su parte, señor Foster. El ya no se puede defender. No sabe cuánto me gustaría que tío Henry estuviese aquí para que se defendiese personalmente.

—Creo que encontraría una buena atenuante.

—¿Qué quiere decir?

—Que se arrepintió de lo que iba a hacer.

—Aclare eso.

—A última hora, tío Henry se percató de que cometer una villanía con su propio país no valía las cincuenta mil libras. Pero tenía miedo de devolver ese dinero... Lo matarían sin remisión. Se llevó el cuadro de Cumberland para enviarlo siguiendo las instrucciones que había recibido. Podemos imaginar lo que sucedió en su piso de Piccadilly. Tío Henry fue presa de los remordimientos... Debió considerar mucho el paso que iba a dar y al final decidió echar marcha atrás. Dejó el cuadro embalado, tal como lo tenía, y embarcó para hacer el viaje a las islas Azores.

—Va demasiado aprisa... ¿Cómo recibió tío Henry la fórmula?

—Fue muy sencillo. Ganando la amistad del profesor

Scheleburger, su vecino.

—¿Su vecino...? Oh, no, en las inmediaciones de nuestra casa no hay ningún profesor Scheleburger.

—Usted dijo antes que nadie utilizaba su verdadera identidad en este caso y el profesor Scheleburger no es una excepción.

—¿Y quién es el profesor Scheleburger?

—Uno de sus más próximos vecinos, Oliver Mander.

Myrna hizo un gesto de asombro.

—¿Oliver Mander? Murió de un colapso hace dos meses.

Oliver Mander era un hombrecillo que había ido a vivir a Cumberland cinco años antes. Era un profesor de una Universidad de Escocia que había sido jubilado. Ya tenía los sesenta y cinco años y, durante todo el tiempo que lo conoció se dedicaba a leer en su casa y a cultivar champiñones.

—Sí, señorita Dove —cabeceó Foster—. Oliver Mander es el profesor Scheleburger. Indudablemente, su tío Henry, valiéndose de su amistad con él lo debió convencer para conseguir la fórmula. Probablemente le dijo que la haría llegar a la ONU o a cualquier otra organización pacífica. Oliver Mander no estaba dispuesto a dar su fórmula a ningún país, ni del Oriente ni del Occidente... Su posición había sido tan firme a ese respecto que nadie podía tener la esperanza de que Oliver Mander trabajase para él. Para evitarse complicaciones había comunicado repetidas veces, antes de jubilarse, que había abandonado los experimentos que se referían al trabajo que emprendió treinta años atrás.

—Usted me habló de Christian...

—Es un enlace.

—¿Qué quiere decir un enlace?

—Un hombre que, sin ser agente de la CIA, trabaja para nosotros mediante un precio.

—Christian no quiso saber nada del asunto cuando fui a verlo al hotel.

—Estaba muy vigilado por la pandilla de Mano Negra.

—Me dijo que habían puesto un micrófono en su habitación.

—Eso no lo dudo.

—Entonces fui a la tienda de François Gerard. Allí hablé con alguien que dijo llamarse así y luego se presentó Christian.

—El François Gerard que usted conoció no era el auténtico, sino

otro enlace, André Gasc, que trabajaba con Christian. Habían secuestrado al verdadero Gerard encerrándolo en un armario, pero luego llegó Mano Negra y lo dismanteló todo.

—¿Mataron al falso Gerard y a Christian?

—Estoy seguro de que los mataron.

—¿Quiere decir que no ha visto los cadáveres?

—No, pero en esta profesión nadie se anda por las ramas.

—Siendo así, ¿por qué no acudió a la policía?

—Señorita Dove, los hombres que trabajarnos para la CIA no podemos pedir colaboración a la policía del país en que trabajamos.

—Suponiendo que matasen a André Gasc y a Christian, el verdadero Gerard tomó su puesto cuando yo llegué con el policía...

—Será mejor que me cuente esa parte. La ignoro.

Myrna le contó todo lo que había pasado en la tienda de cuadros de Gerard y luego dijo:

—Todavía me quedan muchas preguntas por contestar, señor Foster.

—Le responderé mientras pueda.

—¿Quién me envió el telegrama...? Me he preguntado muchas veces si realmente fue mi tío Henry.

—Ese telegrama fue interceptado por nosotros.

—De modo que conoce su contenido.

—Sí. «La gaviota blanca va detrás de la de la mancha negra...».

—He pensado mucho en que tío Henry no muriese en la catástrofe del Monrovia.

—Murió. Eso está fuera de toda duda.

—Entonces, ¿quien envió el telegrama?

—Germaine.

—¿Esa mujer...? ¿También conoce su existencia?

—Desde luego. Ella estaba en el Monrovia con tío Henry.

—¿Embarcaron juntos para hacer el viaje a las Azores?

—Sí.

—Pero si ella estaba casada...

—Dijo a su marido que iba a pasar quince días con un familiar en Italia. Por otra parte, no se embarcó en el Monrovia con su verdadero nombre, sino con el de Shirley Hopkins.

—Usted quiere decir que Germaine estaba al corriente de todo...

—Indudablemente, tío Henry le informó de lo relacionado con el

profesor Scheleburger y su fórmula.

—¿Y por qué Germaine me envió el telegrama?

—No se lo hemos preguntado a ella ya que lo que nos interesaba a nosotros era el cuadro. —Foster dio un suspiro—. Y ya lo tenemos.

—No esté muy seguro, señor Foster.

—¿Qué quiere decir?

—Que no se lo voy a dar.

—¿Por qué, señorita Dove?

—¿Quién me dice que todo lo que me ha contado no es falso?

—¿No lo considera lógico?

—Sí, confieso que el rompecabezas ha quedado lógico. Ha dado una explicación para cada incidente, pero imagino que la habría dado en cualquier otra circunstancia...

—Gracias por considerarme un hombre tan inteligente, pero soy un hombre de acción, señorita Dove.

—Ha contestado a muchas preguntas, pero aún me queda alguna.

—¿Sí?

—¿Quién era el hombre calvo que se presentó en el funeral de mi tío hablándome de gaviotas?

—Mi compañero, Lee Hatton.

—De modo que trabajan por parejas.

—Sí, en les asuntos de la CIA sus hombres trabajan en equipo.

—¿Por qué Lee Hatton me habló de gaviotas?

—Para saber hasta qué punto estaba usted relacionada con el asunto.

—Se cercioró de que yo no sabía nada y se marchó...

—Sí, Myrna. Al propio tiempo pensamos hacer aquello porque, al recibir el telegrama, nos convenía despertar más su curiosidad para que se pusiese en marcha.

—¿Cómo se informó usted de que tío Henry había trazado la fórmula en su cuadro?

—Mi compañero Lee Hatton recibió un soplo. Yo sólo corrí un riesgo cuando le dije por teléfono que el cuadro estaba en el piso de Piccadilly.

Foster miró a su alrededor.

—¿Dónde está el cuadro?

Myrna lo había dejado en el armario.

—Suponga que le digo que me lo quitaron, señor Foster.

—No lo creería.

—Oh, comprendo. Otro de sus enlaces me vio entrar en el hotel.

—La siguió.

—Piensa en todo al parecer, señor Foster.

—Sí, él fue quien me llamó por teléfono. Estaba esperando su llamada.

—Eso me hace pensar una cosa, aunque quizá ya la ha tenido usted en cuenta. Si su enlace me siguió, también me han podido seguir los hombres de Mano Negra.

—Es posible y para eso está mi hombre abajo. Le he dicho que me avise enseguida si llega alguno de ellos.

—¿Acaso los conoce a todos?

—No, pero el muchacho que está en el vestíbulo es eficiente. Ahora sea buena chica y deme el cuadró.

—Está bien, voy a correr un riesgo como usted lo ha corrido conmigo, el admitir que me ha dicho la verdad.

—Sólo la verdad y nada más que la verdad.

—Está en el armario.

Foster sacó el cuadro de su escondite y le quitó el papel que lo envolvía.

Se acercó con el cuadro a la ventana y dejó que los rayos del sol cayesen sobre él.

—No está mal para ser un aficionado —opinó.

—¿Dónde está el mensaje?

—Indudablemente, detrás de la capa de pintura. No se observa a simple vista porque tío Henry debió utilizar algo muy especial.

—¿Tinta invisible?

—No, la tinta invisible se utiliza para escribir cartas. Es muy arriesgado exponerla a la reacción de los componentes químicos de la pintura. Puede destruirla. De todas formas, lo llevaremos a un laboratorio.

—¿De la policía?... Oh, no perdón. Ya sé que un agente de la CIA, no puede ponerse en contacto con la policía del país en que trabaja.

—Se trata de un laboratorio privado, un francés que trabaja para nosotros. Ya nos hizo algunos encargos con anterioridad.

Donald envolvió de nuevo el cuadro con el papel.

—Señorita Dove, ¡tendrá que venir conmigo!

—¿Por qué? ¿No terminó ya de interrogarme?

—Do decía ahora por su seguridad.

—Oh, teme por mí.

—Mano Negra y sus secuaces volverán a la carga. No la dejarán tranquila.

—Ya entiendo, desde ahora quedo bajo la protección de la CIA.

—Hasta que termine el asunto.

—¿Y cuándo acabará?

—Una vez hayamos descifrado la escritura del cuadro y volvamos a Inglaterra.

—Oh, qué emoción... Me quiere dejar en mi casa, ¿y también me arropará?

—La verdad es que no quedaría por mí...

—No sea atrevido, señor Foster.

—Fue usted quien lo sugirió.

—Sólo era un chiste.

—Ande, prepárese. Se viene conmigo.

Poco después Myrna y Donald bajaban al vestíbulo.

—¿Hay tranquilidad, Pierre? —inquirió Foster.

—Llegaron un par de tipos preguntando por una tal señora Meredith. Se marcharon cuando el empleado les dijo que la señora Meredith no se alojaba en el hotel.

—¿Sospechosos?

—Yo diría que sí. Salí a la calle hace un rato, pero no les vi.

François Deben estar escondidos en algún sitio. Pierre, me vas a hacer un favor. Saldrás primero con ella. Ya sabes dónde dejé el auto.

—Sí.

—Ponlo en marcha. Yo acudiré enseguida.

—¿Por qué no vamos todos juntos?

—Sería peligroso para la señorita. Si nos saludan con una rociada de balas, ella también caería.

Myrna no pudo evitar un escalofrío.

—Ya he pasado muchos peligros, señor Foster —dijo—. No se preocupe por mí.

—No me perdonaría nunca que la matasen.

—Sólo lo dice porque eso es su obligación, ¿verdad?...

—Esta vez no hay obligación y, por mucho que diga no saldré con usted. Ya oíste mis órdenes, Pierre.

Pierre tomó a la joven por el brazo.

—Vamos, señorita Dove.

La joven titubeó unos instantes.

—Obedezca —dijo Foster—. Ya hizo usted demasiado. Lo demás corre de nuestra cuenta.

Myrna y Pierre salieron a la calle.

—Continúo sin verlos —dijo el compañero de Foster—. Esos tipos deben estar metidos en una cloaca. Por fortuna, el auto no está muy lejos. Péguese a la pared, señorita Dove.

Myrna así lo hizo.

Pierre caminaba como distraído, pero ella sabía que estaba atento a cualquier contingencia que se pudiera presentar.

Llegaron al auto y Pierre abrió la portezuela del asiento trasero.

—Pase ahí dentro, señorita. Yo me ocuparé del volante.

—¿Debo mirar debajo del asiento por si se encuentran ahí?

Pierre sonrió.

—Es agradable encontrarse con una mujer valiente.

Cada uno ocupó su puesto en el auto.

Pierre puso en marcha el motor.

Myrna miró por la ventanilla y vio avanzar por la acera a Donald, que sostenía el cuadro con la mano derecha.

La propia joven le abrió la portezuela para facilitarle la entrada.

Foster se dejó caer en el asiento y apoyó el cuadro en el suelo.

—Ahora ten cuidado, Pierre. Pueden estar esperándonos en cualquier esquina.

—Sacaré la pistola en una fracción de segundo, aunque tenga las dos manos ocupadas en el volante —repuso Pierre y echó a andar el coche.

Foster miraba por las ventanillas.

Al cabo de un rato, Pierre, dijo:

—No lo comprendo. Esos tipos no aparecen.

—Nos deben estar siguiendo —dijo Donald—. Llevamos una veintena de coches detrás.

—¿Cuál será el que viene oliéndonos?

—Me gustaría saberlo también.

—¿Qué hago cuando lleguemos a la casa de Goulart?

—Sigue hacia adelante y dobla por el primer callejón. Nos detendremos allí y utilizaremos la puerta trasera.

—¿Crees que Goulart nos espera?

—No, pero tengo una llave.

—Bien pensado —rió Pierre.

Poco después el auto se desvió por el callejón al que Foster se había referido.

El coche se detuvo junto a una vieja casa.

—Fuera —dijo Donald.

Saltaron del auto y Foster ya tenía la llave en la mano, con la cual abrió la puerta de la vieja casa.

Pierre entró en el último mirando antes arriba y abajo del callejón.

—No hay nadie —dijo.

Donald dio vuelta al conmutador de la luz.

Caminaron por un corredor que los condujo a una habitación que se utilizaba como laboratorio fotográfico.

Myrna lanzó un grito al ver un charco de sangre en el suelo, junto a la puerta de un armario.

—¡Miren eso!...

Donald avanzó rápidamente y abrió el armario.

Un cuerpo se derrumbó en el suelo. Era un hombre que se cubría con una bata blanca, aún cuando ahora estuviese manchada de sangre.

—Lo han degollado —dijo Pierre.

En aquel momento se abrió de golpe la puerta que comunicaba con el interior de la casa.

Mano Negra entró en el laboratorio fotográfico con una pistola en la mano. Pero no estaba solo. Lo seguían otros dos hombres que también exhibían armas.

—Bueno —dijo Mano Negra con una sonrisa—. Llegamos los primeros a la meta y nos llevamos el premio.

CAPÍTULO VII

—Es usted un perro carnicero —gritó Myrna a Mano Negra—. ¿Por qué ha degollado a este hombre?

Foster intervino:

—Ya se lo dije, Myrna. En esta profesión los hombres no tienen mucho miramiento cuando se trata de realizar un trabajo.

Mano Negra hizo una reverencia.

—Gracias por su definición.

—No hay de qué. Hoy por ti mañana por mí.

—No habrá un mañana para usted, Foster, ni para ellos dos.

—Deje en paz a la señorita Dove... Sería absurdo que se lo hiciese pagar. Ella no ha hecho otra cosa que defender lo que le pertenecía.

—¿Qué es lo que le pertenecía?

—El cuadro. Lo pintó su tío y ella era la heredera.

Mano Negra rió con buen humor.

—Después de todo, es usted un sentimental, Foster. Lo debía tener en cuenta. Cada vez que ha intervenido en un caso, se ha llevado a una mujer bonita.

—Aquí también la encontré. Soy un tipo de suerte.

—Estoy hablando de los casos en que usted resultó triunfante. Esta vez fue el perdedor. No se lleva nada. Ni la chica ni el cuadro.

—Tengo una virtud, Mano Negra. Confieso cuando estoy derrotado y ustedes ganaron.

—Muchachos, desarmadlos.

Foster había intentado ganar tiempo pero de nada le había servido. En unos segundos, los dos esbirros de Mano Negra lo desarmaron, así como a Pierre.

Mano Negra se hizo cargo del cuadro, guardó la pistola y quitó

el papel que envolvía aquél.

—Es una obra de arte.

—Tonterías —repuso Myrna—. Es sólo una marina.

—No sea ingenua, señorita Dove. A estas alturas todos sabemos ya qué hay detrás de la pintura pero, de todas formas, como nos encontramos en el magnífico laboratorio de Goulart, aprovecharemos la oportunidad y haremos el experimento que nos pondrá al descubierto la fórmula mágica del profesor Scheleburger.

Mano Negra puso el cuadro sobre una mesa y atrapó unos frascos. Sobre una probeta fue mezclando distintas dosis. El resultado fue un producto de un color ambarino. Lo levantó para que todos lo viesen.

—Aquí tenemos el elixir que nos abrirá las puertas del misterio.

—Adelante, señor prestidigitador —dijo Foster—. Estamos esperando el número sensacional... ¿O necesita que repiquemos el tambor?

—Lo haré sin música, señor Foster.

Myrna comprendió la idea de Foster. Cuando Mano Negra estuviese vertiendo la mezcla sobre el cuadro, el agente de la CIA saltaría sobre sus aprehensores. No le cupo la menor duda de que haría eso y se prometió a sí misma que lo ayudaría.

Tenía que estar preparada.

—Allá va —dijo de pronto Mano Negra y se puso a verter el líquido sobre el cuadro de las gaviotas.

Myrna se dio cuenta de que elegía un punto determinado del cuadro, justo donde se encontraba la gaviota negra.

—¿Por qué está arrojando el líquido sobre ese lugar?

—Porque es aquí donde está el mensaje.

—¿Cómo lo sabe?

—Señorita Dove, nosotros también interceptamos el telegrama que le dirigió el supuesto Henry.

—Me estoy preguntando si ha quedado alguien sin enterarse del contenido del telegrama que mi tío me envió.

—No fue su tío, naturalmente.

—¿Quién?

—No lo sabemos.

Eso no era una ventaja en las presentes circunstancias, ya que Mano Negra tenía el cuadro de tío Henry.

El trozo de cuadro que Mano Negra experimentaba con el líquido se fue aclarando.

—Ya empieza a surtir efecto —dijo.

Se desgranó un minuto.

Mano Negra emitió un gruñido.

—Aquí no se ve nada. Sólo ha quedado el lienzo.

—Lo echó a perder, Mano Negra —dijo Foster.

—¿Qué quiere decir?

—Que borró la fórmula porque no supo hacer la mezcla adecuada. Ahora sí que la ha hecho buena...

—A usted no tiene que preocuparle eso porque nunca la iba a tener.

Mano Negra puso otra vez el cuadro sobre la mesa y vertió por todas partes líquido de la probeta.

Corrieron otros tres minutos.

—Infiernos —exclamó Mano Negra rabioso—. Aquí no hay nada.

—Jefe —intervino el moreno Allan—. ¿Por qué no prueba con los rayos ultravioletas?

—Es un procedimiento que ya quedó anticuado.

—Sin embargo, suponga que Henry lo utilizó. En ese caso, usted mismo ha destruido la fórmula con su ácido.

—No, Allan. Si Henry utilizó el procedimiento que tú crees, los rayos ultravioletas descubrirán la fórmula porque este compuesto no destruye nada, ¿te das cuenta? Sólo sirve para dejar el lienzo limpio de manchas, pero habría quedado cualquier escritura. Aquí tenemos también un proyector de luz ultravioleta, de modo que lo vamos a saber enseguida.

Mano Negra proyectó el haz de rayos ultravioletas sobre el cuadro.

—Nada —dijo—. No se ve nada.

Puso otra vez la marina sobre la mesa y terminó de limpiar la pintura que contenía. De esa forma, el lienzo quedó limpio, virgen, tal como había estado antes de que Skelly diese la primera pincelada.

A continuación, Mano Negra se valió de una lupa para contemplar pulgada a pulgada el lienzo.

Todos esperaban el resultado de su examen. Finalmente Mano Negra se dio por vencido. Arrojó la lupa contra el suelo y su rostro

se crispó.

—Henry Skelly nos engañó.

—Oh, no, jefe —dijo Allan.

—Te digo que nos engañó... Nos engañó a todos... En este cuadro no hay ninguna fórmula.

—Pero él se lo iba a enviar a Gérard y acordaron que escribiría la fórmula detrás de la pintura.

—Eso quiere decir que Henry no cumplió, que se sintió víctima de los remordimientos mucho antes de lo que nosotros habíamos pensado.

—Pero entonces, ¿qué hizo de la fórmula?

—Eso no lo sabemos, pero quizá aquí haya alguna persona que lo sepa.

Foster levantó una mano.

—¿Puedo jurar antes de someterme a interrogatorio?

—Deje de hacer el payaso, Foster.

—Muy bien, empiece a preguntar.

—No me refería a usted.

—Oh, ya entiendo, se va a meter con Fierre.

—Ni a Pierre.

—Eh, oiga, la chica no sabe nada.

—No salga en su defensa, Foster. Ella tiene lengua para hablar.

—Oiga...

—Cállese de una vez, Foster.

Claude intervino.

—¿Le pego el tiro ya, jefe?

—Espera un momento. Las cosas no han salido como yo quería. Quiero esa fórmula, aunque para ello tenga que arrancarles la piel lentamente.

La joven levantó la barbilla.

—No sé nada.

—Todavía no le pregunté, señorita Dove.

—Sólo quise anticiparme un poco.

—¿No se cree demasiado lista?

—Me limito a dejarme llevar por los acontecimientos.

—Es la mejor actitud que puede adoptar. Y ahora le voy a advertir una cosa, señorita Dove —le apuntó con su mano ortopédica—. La voy a matar.

—Eso ya lo dijo antes. Nos iba a matar a los tres.

—Hay muchas clases de muerte.

—Pero todas conducen al mismo sitio. Al cementerio.

Foster chascó la lengua.

—Oiga, amigo, ella no sabe nada. Recuérdele, la señorita Dove vivía, la mar de tranquila... Ignoraba hasta lo más esencial, que su vecino Oliver Mander era el profesor Scheleburger.

—A lo largo de mi vida he tenido que enfrentarme con gente con ganas de colocarme muchas fábulas. ¿Y sabe cuál fue el resultado?

—Lo imagino. A unos les echó los dientes abajo, a otros los troceó para hacer embutido.

El rubio Claude levantó con rapidez la mano armada.

Su cañón golpeó contra el maxilar inferior de Foster.

Myrna dio un gritito al ver que Donald caía de rodillas en el suelo, pero ahí no terminó el castigo de Foster. El jefe de la pandilla le golpeó en el cuello con su mano ortopédica.

Foster terminó de derrumbarse y se movió débilmente en el suelo porque se estaba ahogando.

—¡Miserables! —dijo Myrna—. ¿Qué es lo que han hecho con él...? —Se agachó en el suelo junto a Foster.

—Levántese o disparo —exclamó el rubio Claude.

—No hagas eso, muchacho —dijo Mano Negra.

Tomó por el cabello a la joven, esta vez utilizó la mano sana, y tiró de ella con fuerza.

La joven lanzó otro grito al sentirse impulsada hacia arriba.

—¿Dónde está la fórmula?

Ella le tiró una tarascada con ánimo de arañarle la cara pero Mano Negra retiró la cabeza a tiempo. Luego, la abofeteó.

—Si quieres que haga contigo una barbaridad, te aseguro que lo vas a pasar en grande, dulzura.

—Ya le he dicho que no sé nada.

—¡Quiero la fórmula! ¿Lo oyes? La fórmula de la hipnosis colectiva inventada por el profesor Scheleburger. Sé que antes de morir se la dio a su tío.

—¿No se le ha ocurrido una cosa? Si tío Henry tenía remordimiento, la destruyó... No está en el cuadro...

—No me pudo hacer una cosa como ésa.

La joven rió con los ojos brillantes.

—¿Por qué no...? Tío Henry no era un canalla como usted.

—Estúpida... Lo hizo por cincuenta mil libras que le fueron pagadas con anterioridad a su trabajo. Prometió no fallar y él sabía lo que le ocurriría si fallaba. Lo mataríamos... Yo sé que él no falló.

—¿Por qué lo sabe?

—Nos anunció que tenía la fórmula.

—¿Quién le dice que no estaba representando una comedia?

—¿Te dijo el secreto a ti...? Confiésalo.

—Para tener usted un apodo tan rimbombante es bastante estúpido, señor Mano Negra. ¿Cree que me habría metido en este lío? ¿Piensa que me habría llagado a Francia con el cuadro si hubiese sabido que en él estaba la fórmula...? Sé que no me va a salvar la vida porque haga una confesión, de modo que puedo decirle que cuando supe de qué asunto se trataba, me juré a mí misma que ustedes no tendrían nunca el cuadro porque yo también creí que mi tío Henry había depositado en esas gaviotas su secreto...

Otra vez, como había ocurrido con anterioridad, al pronunciar aquella palabra, gaviotas, Myrna tuvo la impresión de que un recuerdo trataba de abrirse camino entre la bruma del pasado.

—¿Qué le ocurre? —inquirió Mano Negra.

—¿A mí...? Nada.

—Por un momento se ha puesto a pensar por su cuenta.

—Claro que sí, me he puesto a pensar que son unos miserables porque, si tuviesen un poco de decencia, nos dejarían libres. Nosotros no tenemos la culpa de que ustedes no hayan encontrado la fórmula...

—La seguiré buscando y al fin la encontraré y es usted quien me va a facilitar el trabajo o la mataré.

Foster, que estaba tendido en el suelo, atrapó por el tobillo a Mano Negra y tiró de él con fuerza haciéndole perder el equilibrio.

Mano Negra gritó antes de caer.

La joven cogió la probeta que Mano Negra había estado utilizando y la arrojó sobre la cabeza del rubio Claude.

Pierre se dedicó a Allan, sobre el que saltó con la agilidad de un puma.

La habitación se llenó de estampidos, chasquidos de puñetazos,

juramentos de dolor y de muerte.

Foster había logrado atrapar una pistola y estaba haciendo fuego.

Pero Mano Negra rehuyó la pelea y en pocos instantes ganó la puerta, abandonando la estancia.

Foster pretendió correr tras de él pero tropezó con Myrna y los dos se vinieron abajo.

CAPÍTULO VIII

Foster se pudo poner en pie y salió por la puerta que había utilizado Mano Negra.

Pero cuando llegó a la calle ya era demasiado tarde. Mano Negra huía velozmente en un coche.

Titubeó entre proseguir su persecución pero pensó que tenía pocas probabilidades.

Regresó al laboratorio de Goulart. Myrna estaba aterrorizada observando los cadáveres que había por el suelo.

—Todos murieron —dijo la muchacha.

—Todos menos el más importante, Mano Negra. Yo maté a esos dos... Siento mucho que a Pierre se lo cargasen antes de que pudiese atrapar el arma.

La joven se volvió hacia el cuadro.

—Ahí tienes tu botín.

—No me sirve para nada.

—Pero tío Henry debió escribir ahí la fórmula. Vosotros tendréis un procedimiento especial para lograr descifrarla.

—No, Myrna. Mano Negra estaba al corriente del secreto para manejar esos líquidos. Su combinación fue perfecta... Yo también estoy enterado de eso... Llevó a cabo su experimento tal como debía ser, lo único que pasó es que en el lienzo no había nada.

—Pero entonces, ¿a quién confió Henry su secreto?

—Ya estaba pensando en ello —dijo Foster y se dirigió al teléfono.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Myrna.

—Llamar a Germaine. Conozco su número y dirección, aunque ella ignora mi existencia.

Marcó un número en el dial y esperó, escuchando a la otra parte

el zumbido de la señal. Al fin alcanzaron el auricular.

—¿Sí? —dijo una voz femenina.

—Por favor, quiero hablar con la señora Lefevre.

—Disculpe, soy la criada. La señora Lefevre se encuentra delicada en cama desde hace unos días.

—Oiga, es urgente. Dígale que le llama un amigo de Henry Skelly.

—Está bien, espere.

Myrna se había acercado a Foster.

—Tú piensas que ella puede tener el secreto.

—Sí.

—Mi tío Henry decidió no escribir la fórmula en el lienzo. Lo confió a Germaine.

—Ésa es mi esperanza.

Enseguida oyó una voz femenina, más débil que la anterior.

—¿Quién es usted?

—Perdone si la molesto, señora Lefevre.

—No conozco a ningún Skelly.

—Oiga, señora Lefevre, me hago cargo de todo...

—No sé qué quiere decir.

—Estoy al corriente de la amistad que le unía con el fallecido Henry Skelly.

—Si es un chantajista, está perdiendo el tiempo.

—No soy un chantajista, sino un amigo suyo.

—Es usted muy amable al ofrecerme su amistad pero no la necesito. Adiós.

—No cuelgue, señora Lefevre.

—¿Qué quiere ahora?

—Ha de salir de casa.

—¿Para qué?

—Para reunirse conmigo.

—Lo siento, pero no puedo. Es usted demasiado atrevido, señor... ¿Cuál es su nombre?

—Donald Foster.

—Tuve mucho gusto en conocerle, señor Foster, y ahora déjeme descansar.

—Señora Lefevre, es necesario que usted salga de casa. No quería decírselo, pero usted me obliga a ello. Su vida está en

peligro.

—¿Qué tontería dice?

—Le aseguro que es cierto, señora Lefevre.

—Ignoro sus intenciones, señor Foster. ¿Qué persigue? ¿Qué quiere?

—Necesito hablar urgentemente con usted acerca de Skelly.

La señora Lefevre no dijo nada durante un rato.

—Señora Lefevre, insisto en que ha de salir de casa, inmediatamente.

—Pero está mi marido.

—Oiga, un asesino está camino de su casa.

—¿Cómo?

—Si no me obedece, llamaré a la policía para proteger su vida.

—Oh, no. No haga eso...

—Si usted me obliga a ello, no tendré más remedio que hacerlo. Busque un pretexto para salir de ahí.

—Está bien. Lo buscaré.

—No puede entretenerse más de quince minutos, señora Lefevre. El asesino del que le hablo no puede tardar más de cuarenta y cinco en llegar ahí y ya hace unos cuantos que se puso en marcha.

—No comprendo nada.

—Yo se lo explicaré, señora Lefevre.

—Está bien. ¿Dónde quiere que nos veamos?

—¿Conoce la rue Mery?

—Nací en París, señor Foster. Conozco la rue Mery. —Hay un bar al final de la calle. Se llama Girondins. La estaré esperando allí dentro de medio hora.

—Sí, señor Foster.

—Y dese prisa. Recuerde que se trata de su vida.

Foster esperó a que ella colgase para hacerlo él.

—Vámonos de aquí, Myrna. Quiero llegar antes que Germaine.

* * *

En el bar Girondins había mucho público.

Myrna y Foster habían tomado posesión de una mesa, desde la que podían observar la puerta del establecimiento.

—Ahí la tienes. Ésa es —dijo Foster.

Myrna vio a una mujer que podía tener unos cuarenta años. Era bella y hermosa y se movía con elegancia.

Foster se puso en pie para que ella lo viese. Entonces la señora Lefevre se dirigió hacia ellos.

—Buenas noches, señora Lefevre.

—¿Señor Foster?

—Sí.

—Creí que la entrevista era entre usted y yo.

—Permítame que le presente a la señorita Myrna Dove.

La señora Lefevre arqueó las cejas.

—¿Cómo está, Germaine? —dijo Myrna con una sonrisa amistosa.

Germaine todavía no había salido de su asombro.

—Yo también lo sé todo —dijo Myrna.

Germaine ocupó una silla junto a la joven.

—Henry me habló mucho de ti, Myrna... Estaba muy orgulloso de tener una sobrina como tú... No quería que tú supieses nada de lo nuestro por temor a que te avergonzaras de él.

—Muy natural en tío Henry.

—Te debo una explicación, Myrna... Fui muy desgraciada en mi matrimonio...

Myrna puso su mano sobre la de Germaine.

—Es mejor que no expliques nada.

—Gracias.

—Señora Lefevre —dijo Foster—, usted envió un telegrama a Myrna.

—Sí.

—Lo firmó con el nombre de Henry.

—Exacto.

—Naturalmente, usted escribió aquel texto «La gaviota blanca va detrás de la de la mancha negra» porque fue la última voluntad de Henry.

—Sí, señor Foster. Eso fue lo que Henry me pidió que hiciese... Fue horrible encontrarse en la parte del buque en donde se produjo el incendio. Yo habría perecido en mi cabina... Tenía una fuerte jaqueca y me había quedado en la cama... Henry se había ido al bar... Me había quedado dormida... Sentí un fuerte calor... Me vi rodeada de llamas... De pronto apareció Henry... Sin vacilar, atrapó

una manta y me rodeó con ella... Me tomó en brazos y me sacó de aquel infierno... —Sus ojos estaban arrasados en lágrimas.

Tuvo que hacer un esfuerzo para continuar:

—Eso fue lo que le costó la vida... Cuando llegamos a cubierta, él ya no tenía fuerzas... Su cabeza estaba horrorosamente abrasada... Un marinero me quiso separar de Henry porque dijo que ya no podía hacer nada por él... Pero no quise marcharme de allí... Hubiese preferido morir... Me quedé a su lado... Apenas podía hablar... Sólo pudo decirme que yo era la única mujer a quien había querido de verdad y luego me dijo que te mandase aquel telegrama con el texto.

—¿Está segura de que comprendió sus palabras, Germaine? —preguntó Foster.

—Sí. Fueron ésas. Las que usted repitió antes.

—¿Cabe la posibilidad de que olvidase algo?

—No, señor Foster. Jamás olvidaré lo que él me dijo... Cuando terminó de dictar el telegrama, murió...

—¿Conocía usted su significado...?

—Imagino que tenía relación con el cuadro que él había pintado.

—Y con algo más, ¿verdad, Germaine?

—Perdone, señor Foster, pero no quiero seguir hablando de eso.

—La comprendo, quiere ser fiel a la memoria de Henry. He de completarle mi personalidad. Soy un agente de la CIA, señora Lefevre. Sabemos todo lo que se refiere a Henry y a su amistad con el doctor Scheleburger.

—¿Lo sabe... todo?

—Sí, Germaine. Creímos que el telegrama se refería al cuadro que Henry había pintado, la vista de la costa de Cumberland con las gaviotas volando. Entre esas gaviotas había una con manchas negras. Todos pensamos que debajo de esa pintura estaba la fórmula del profesor Scheleburger.

—¿Acaso no es así?

—No. En el lienzo no había nada.

—Es inverosímil.

—¿Quizá Henry le dijo que tras la pintura había trazado la fórmula del profesor?

—No me llegó a decir eso, pero yo di por supuesto que así era.

—De modo que no le explicó dónde estaba la fórmula...

—Me quiso hablar muy poco del asunto. Sólo se refirió a él de forma muy general.

—Germaine, sería muy peligroso que nos engañase.

—¿Por qué los iba a engañar?

—Le hablé antes de un asesino. Le repito ahora que no quería simplemente asustarla para obligarla a aceptar esta cita. Se trata precisamente de alguien que forma parte de la pandilla con la que Henry Skelly se había relacionado... Todos ellos son personas sin escrúpulos, que no vacilan en matar...

—Comprendo la intención con que me dice eso. Cree que me callo algo muy importante con respecto a la fórmula. Lo siento, señor Foster, pero no le puedo decir nada. Yo creí que el cuadro era la solución de todo el problema.

—Sin embargo, usted no se cercioró.

—Para mí fue un golpe muy duro la pérdida de Henry. Ni siquiera se pudo recuperar su cadáver. En las lanchas de salvamento sólo había sitio para los vivos. Henry se quedó en el barco y ardió con él... Pasé unos días terribles cuando estuve de regreso en París... Vi en la televisión el Monrovia navegando a la deriva, asistí a los esfuerzos que hizo un remolcador por llevarlo a puerto, y luego vi el final. El Monrovia se hundió en el mar y con él lo que más había significado para mí... Henry.

—Me va algo por la cabeza —dijo de pronto Myrna.

—¿A qué te refieres, Myrna? —inquirió Foster.

—No es la primera vez que me ocurre. Esas palabras, «la gaviota blanca va detrás de la de la mancha negra...».

—Es el texto del telegrama.

—Pero tiene relación con alguna cosa. Cada vez que he leído esa frase, algo me hierve dentro de la cabeza intentando salir a flote.

—¿No será una sugestión tuya?

—No, y después de lo ocurrido con el cuadro y de lo que ha dicho Germaine, pienso más que nunca que el secreto está en mí misma...

—¿Qué necesitas para poner en marcha más aprisa tu cerebro? ¿Un *whisky*...? ¿Dos?

—El *whisky* me adormece. Pero me puedes hacer un favor. Necesito música.

—¿Cómo?

—Tararea algo.

—¿El qué?

—Noche y día, de Cole Porter, o cualquier cosa.

Foster se puso a tararear La cucaracha.

—¿Qué tal va?

—Continúa.

Foster siguió tarareando su canción. Hizo señal a un camarero para que le trajese un *whisky*.

En cuanto a Germaine, encendió un cigarrillo emboquillado.

De pronto Myrna hizo chascar los dedos.

—Creo que ya lo tengo... Claro que sí... ¿Cómo no lo pensé antes?

—¿De qué se trata, Myrna? —inquirió Foster.

—La canción, naturalmente.

—¿Qué canción?

—La gaviota blanca que va detrás de la negra...

Cuando yo era muy pequeña tío Henry me la cantaba junto a la costa que pintó en el cuadro...

—¿Cómo es esa canción?

«Las gaviotas blancas vuelan sobre el mar pero allá va una gaviota negra, que delante de todas va.

Las gaviotas blancas la llaman y ella no se quiere parar.

La gaviota negra corre y todas van detrás...».

—Bueno, ¿dónde está el secreto?

—Naturalmente en la gaviota negra. Todavía no terminé de cantar.

—¿Aún hay más?

—Claro que sí.

—Pues continúa.

«La gaviota negra tiene una perla en el pico,
a dónde la llevará,
preguntan las gaviotas blancas».

—¿A dónde? —La interrumpió Foster.

«Sigue volando la gaviota negra durante todo el día y la noche la confundirá.

Entonces la gaviota negra
su perla depositará
allá en una cueva, muy cerca del mar,
en la cueva de Les Tres Picos.

La perla estará escondida bajo la arena, y la gaviota
negra la vigilará».

Germaine y Foster estaban mirando a la joven atentamente.

—¿No os dais cuenta? —dijo Myrna—. Esa cueva existe... Está
abajo del trozo de costa que tío Henry pintó... Es en esa cueva
donde tío Henry escondió la fórmula.

Foster tomó el vaso y bebió su contenido de un solo trago.

—Estoy contigo, muchacha. Lo conseguiste. No puede estar en
otra parte. Ahora hemos de irnos.

—Les deseo mucha suerte —dijo Germaine.

Foster apoyó una mano en el brazo de la hermosa mujer.

—Germaine, no puede volver a su casa. El asesino la estará
esperando.

—Tengo donde ir.

—La acompañaremos.

—No hace falta.

—No significará una pérdida de tiempo. Esperamos mucho y
podemos esperar otro poco ahora que parece que la cosa está
clara... ¿A dónde quiere ir, Germaine?

—A casa de una amiga. Tiene un hotelito en la avenida Brehier.

—Muy bien. La dejaremos allí sana y salva, pero ¿qué excusa le
va a dar a su marido?

—Mi esposo conoce también a mi amiga. Le dije a él que pasaría
un par de días con ella.

Salieron del bar Girondins y, después de montar en el auto, se
pusieron en camino hacia la avenida Brehier.

Empezó a llover.

Cuando llegaron a la avenida Brehier, caía el agua con fuerza.

El hotelito de la amiga de Germaine era el número 169.

Las dos mujeres se besaron.

—Adiós, Germaine. Cuando vuelva por París, te haré una visita.

—Siempre serás bien recibida, Myrna. —Germaine estrechó la mano de Donald—. Espero que sepa cuidarla, señor Foster.

—Descuide.

Germaine salió del auto y echó a correr trasponiendo la verja del jardín. Cruzó éste y subió al porche.

Sólo entonces el auto conducido por Donald se puso en movimiento.

Cuando el ruido del motor se perdió a lo lejos, Germaine apretó el timbre.

Poco después fue abierta una puerta por su amiga Julie Martin, una mujer de unos treinta y cinco años, rubia, esbelta, de rostro bello.

—Germaine, qué sorpresa... Pasa.

—He venido para que me acojas... Discutí con Robert.

—Estoy sola. René tuvo que ir a Roma para solucionar un negocio y no regresará hasta la semana próxima.

Pasaron al vestíbulo y Germaine dijo:

—Tengo una fuerte jaqueca.

—Comprendo, las disputas con los maridos sólo dejan eso como huella. Te daré un par de comprimidos y un vaso de leche.

—Preferiría café solo.

—Desde luego. Anda, ya sabes cuál es tu habitación.

Germaine subió por una escalera y poco después entraba en el cuarto que en una ocasión había utilizado, cuando dos meses atrás discutió realmente con su esposo y pasó cuatro días con Julie.

Se desvistió y, después de ponerse el camisón, se tendió en la cama.

Julie llegó con el comprimido y la taza de café.

—Eres muy amable, Julie —dijo Germaine.

—Yo también me voy a dormir. Estoy muy cansada, hoy fui de compras... Que descanses, querida.

Besó a Germaine y salió de la habitación.

Germaine encendió un cigarrillo y apagó la luz.

Aplastó la punta del cigarrillo en el cenicero y no tardó mucho en dormirse.

No supo cuánto tiempo había transcurrido cuando despertó. Le pareció haber oído un ruido.

—¿Julie? —preguntó.

No le llegó respuesta.

Pensó que era su nerviosismo, su intranquilidad, lo que la había despertado. Se iba a cambiar de lado para continuar durmiendo cuando oyó otra vez el ruido dentro de la habitación.

Un escalofrío le estremeció el cuerpo.

—Julie... —dijo con voz temblorosa—. ¿Eres tú...?

—No grite, señora Lefevre.

La voz era ronca.

A pesar de la advertencia, Germaine saltó de la cama para gritar, pero una mano le cubrió la boca.

—Cuidado, señora Lefevre... Tengo un cuchillo en la mano. La puedo degollar de un solo tajo... Será mejor que se tranquilice.

Otra vez se estremeció de la cabeza a los pies.

Luego oyó la voz de él muy cerca de su oído.

—Pórtese bien, señora Lefevre, y podrá continuar viviendo.

—¿Quién es usted? —inquirió Germaine.

—Puedo ser un amigo o un enemigo. Eso va a depender de usted.

—¿Qué quiere?

—Oír su linda voz... Me va a contar muchas cosas.

—No le comprendo.

—Me entenderá enseguida, señora Lefevre... Usted estuvo hablando esta noche con dos amigos...

—Oh, no, vine de mi casa.

—Va por muy mal camino, señora Lefevre. La estuve espiando. Se reunió en el bar Girondins con Myrna Dove y Donald Foster... Soy un hombre astuto, señora Lefevre. Me puse en el cerebro del señor Foster. El pensó que yo iría en su busca, pero imaginé que el señor Foster la pondría sobre aviso, de modo que, en lugar de vigilarla a usted me puse a vigilarlos a ellos. ¿Ve qué fácil...? De niño fui lo que se llama una mentalidad precoz.

—Es cierto. Me vi con ellos en el bar Girondins.

—Bravo, señora Lefevre. Celebro que haya cambiado de idea y que colabore conmigo, pero, dígame, ¿para qué la llamó Foster?

—Querían que les explicase todo lo relacionado con Henry

Skelly.

—Una historia muy triste, ¿verdad...? Un amor imposible. Pero los folletines nunca han contado con mis simpatías, señora Lefevre. El señor Foster le hizo ir al bar de los Girondins para algo más que escuchar su romance con el señor Skelly. El señor Foster quería preguntarle acerca de algo muy particular del señor Skelly... Por ejemplo, el lugar en donde Henry había depositado la fórmula del profesor Scheleburger.

—Sí.

—¿Y qué le contestó usted, señora Lefevre?

—Lo ignoraba, quiero decir que yo había creído siempre que estaba en el cuadro.

—Pero el señor Foster le comunicó que no era así, que todos fuimos engañados por el trapacero señor Skelly...

—Me produjo una gran sorpresa...

—Qué pena, ¿verdad?

—El señor Skelly me dictó el texto del telegrama que yo debía enviar a Myrna.

—Sí, he llegado a la conclusión de que fue usted quien envió el famoso telegrama a la heredera.

—Eso le prueba que yo también estaba equivocada.

—Sí, es posible, pero de pronto a usted se le ocurrió alguna idea, algo que Henry le debió decir...

—Oh, no...

—Sí, señora Lefevre. Usted dio con la solución y por eso los dos muchachos la trajeron aquí y luego se separaron de usted. Naturalmente, podía ir tras ellos, pero eso sería peligroso porque Foster no es ningún tonto. Decidí que sería mejor arreglar el asunto con usted... Esperé un rato a que las personas que había en la casa durmiesen para entrar... Por eso he podido llegar aquí sin que nadie me obstaculizase el camino. ¿Se da cuenta de eso...? Sólo usted sabe que me encuentro en esta habitación y continúo con el cuchillo en la mano... Puedo matarla en una fracción de segundo... Es lo que quiero que se le meta en la cabeza, que su vida está en juego.

—Lo siento, pero no puedo ayudarle.

—Qué lamentable, señora Lefevre...

—Tiene que creerme.

—No, no puedo creerla, señora Lefevre. Los hombres como yo

poseen un sexto sentido para descubrir cuándo les engañan... Y eso es lo que está usted haciendo ahora. Me está engañando.

—¡No!

El desconocido se sentó en el borde del lecho y se echó sobre ella.

Germaine trató de resistirse, pero el impulso era demasiado enérgico y su cabeza golpeó contra la almohada. Cuando fue a levantarse, él se lo impidió.

—Cuidado, señora Lefevre. El cuchillo está muy cerca de su cuello. Usted misma se degollará si se levanta...

Germaine se quedó quieta, como si se hubiese convertido en piedra.

—Bien, señora Lefevre, ahora usted y yo vamos a hablar en serio. Hasta ahora todo fue un preámbulo, pero ya han quedado aclaradas las cosas. Foster le puso en guardia contra mí... Seguro que le dijo que soy un peligroso asesino...

—Sí —asintió Germaine con un hilillo de voz.

—Debo decirle que Foster no la advirtió en vano. Pero no mato por gusto, señora Lefevre. Soy un hombre que se defiende del medio ambiente. Usted me comprende, ¿verdad...?

—Desde luego.

—Muy bien, señora Lefevre. Ahora debe tener en cuenta algo importante. Usted es Tina mujer muy atractiva... Su cuerpo posee todos los encantos y dará mucha guerra entre los hombres... No, señora Lefevre, usted todavía no está acabada... Será capaz de volver loco a más de uno..., y la vida es algo estupendo... Usted desea vivir...

Germaine se había preguntado muchas veces desde que murió Henry si valía la pena vivir. En algunos momentos contestó negativamente, pero ahora que estaba en peligro se decía que había sido una cobarde. Sí, había muerto el hombre que amaba, pero no por eso quería morir... Estaba de acuerdo con el asesino. La vida era algo maravillosa a pesar de todo, de los sinsabores, de las amarguras... Y ella era hermosa y viviría muchos años y sería halagada y cualquier día encontraría un hombre que la haría olvidar a Henry. Estaba segura de ello. Al fin y al cabo, ella no tenía nada que ver con la fórmula del profesor Scheleburger. Había sido cosa de Henry. Nadie le podía pedir que sacrificase su vida por

guardar un secreto...

—Bien, señora Lefevre, creo que ya ha tenido tiempo para recapacitar bastante. Explíqueme ahora qué es lo que dijo usted a Myrna y Foster.

—No dije nada.

Sintió el cuchillo sobre su cuello.

—¡No me mate!

—Eso va a depender de usted, ya se lo advertí...

—No fui yo quien descubrió el lugar donde Henry guardó la fórmula.

—¿No...?

—El texto del telegrama no señalaba el cuadro.

—¿Qué es lo que señalaba entonces?

—Una canción infantil.

—¿Qué tontería trata de soltarme ahora?

—Es verdad. Una canción acerca de gaviotas que Henry Skelly cantaba a su sobrina cuando ella era niña.

Hubo un momento de suspenso.

—Bueno, no está mal, pero acabe de una vez. ¿Qué decía esa canción?

—La fórmula está en la cueva de Los Tres Picos, justo en el trozo de costa que Henry pintó en el cuadro.

—De modo que, al fin y al cabo, el cuadro tenía su importancia, sólo que Henry lo utilizó para despistarnos a todos... Gracias, señora Lefevre. Ha sido usted muy gentil al comunicarme eso.

Germaine había acostumbrado ya los ojos a la oscuridad. Veía un trozo de la cara de aquel hombre.

De pronto, la hoja de cuchillo presionó sobre su cuello. Quiso lanzar un grito, pero otra vez la extraña mano le cubrió la boca.

Germaine Lefevre volvió a sumergirse en la oscuridad. Trató de decir que no quería morir, que era hermosa y que algún día encontraría otro hombre para amarla, pero se sintió sin fuerzas, en medio de una vorágine fría y cada vez más oscura. Un segundo antes de morir, supo que, a pesar de todo, había llegado al final.

CAPÍTULO IX

—Cuidado, Myrna.

El pie de la joven resbaló al desprenderse un guijarro y gritó cayendo hacia delante.

Pero los brazos fuertes de Donald la sujetaron.

Quedaron muy juntos, él sosteniéndola sobre el borde del abismo.

Al fondo, el mar golpeaba contra las rocas.

Permanecieron quietos, mirándose a los ojos.

—Ya pasó el peligro —dijo Myrna.

—Creo que ahora empieza para mí... Y nunca me vi en otro mayor.

La besó en la boca.

Ella echó la cabeza atrás, pero no hizo nada para que él la soltase.

—¿A qué peligro te referías, Donald?

—Al de casarme.

—Da modo que eso es absurdo para ti.

—Lo había sido hasta ahora.

—Eres un engreído.

—¿Por qué?

—Supones que, si me pides que me case contigo, te voy a contestar afirmativamente.

—No, nena, nunca podría tenerlo como seguro, pero siento miedo de que me contestes afirmativamente si te lo pregunto.

—Pues te voy a ahorrar ese mal rato. Jamás me casaría contigo.

—¿Qué tengo de malo?

—Que no me gusta tu profesión.

—Para mí resulta buena.

—Pero no para una esposa, y menos para unos hijos.

—Eso se podría arreglar.

—Oh, sí, pedirías la dimisión...

—No, pero gracias a mis años de servicio podía solicitar que me trasladasen a oficinas. Allí no hay ningún peligro.

—Trato hecho.

—Eh, sólo era una suposición...

—Y yo te contesto sobre esa suposición. No habrá boda hasta que estés encerrado entre cuatro paredes, manejando expedientes y sin una pistola que llevarte a la mano.

Donald fue a besarla otra vez, pero ella se lo impidió.

—Ya se acabó.

—Eh, sólo te besé una vez.

—Tuviste bastante.

—No he podido saber si me gustó o no.

—Entonces tendrás que esperar un poco de tiempo...

—Debes tener sangré escocesa en las venas. No das nada.

—Es posible, pero con tipos como tú, debo ser tacaña... Y ahora, señor policía, ¿bajamos de una vez a la cueva o vamos a estar aquí toda la mañana...?

—Será mejor que te lleve bien sujeta.

—Oh, no, gracias. Si me caigo, causaría tu muerte y eso sería demasiada responsabilidad para mí. Tu vida debe ser demasiado preciosa para la CIA.

—Está bien, deja que vaya yo delante.

Continuaron descendiendo por el acantilado.

A su paso, bandadas de gaviotas salían de los huecos dando graznidos y remontando el vuelo hacia el mar.

Una de las aves estuvo a punto de chocar contra la cara de Myrna. La joven gritó asustada, y Foster acudió a su lado, sujetándola fuerte con las dos manos.

—¿Lo ves...? Tengo que estar muy cerca de ti...

—No te aproveches...

Le pegó unos manotazos obligándolo a dejarla libre.

Por fin pusieron los pies sobre la arena, en un pequeño golfo que trazaba allí la costa. Las olas morían a unas tres yardas.

Myrna señaló la cueva que, a lo largo de los siglos, la marea había hecho en la roca.

—¿Es muy profunda? —preguntó Donald.

—Unos quince metros.

Entraron en la cueva y Myrna señaló una roca.

—Es ahí donde tío Henry y yo veníamos. Traía en una cesta la comida. Mientras él se dedicaba a pensar, yo pasaba el tiempo haciendo castillos en la arena.

—Entonces, es ahí donde debemos buscar.

Antes de emprender el descenso, Foster había descolgado, con ayuda de una cuerda, un pico y una pala.

Fue por los útiles y regresó con ellos.

Primero utilizó la pala, ya que la tierra estaba blanda, pero luego, para ahondar en el hoyo, tuvo necesidad del pico.

Myrna se había sentado en una roca y se dedicaba a contemplarlo.

Donald hizo un alto en el trabajo.

—Myrna, estaba pensando que quizá no te guste la vida sedentaria.

—¿Qué vida?

—La que, haría metido en una oficina. En cambio, si continúo como agente, podremos ver todo el mundo...

—Hasta que me quedase viuda. Y eso podría ocurrir en algunas semanas...

—Oye, ¿sabes cómo me llaman mis compañeros...?

—El chico que las enamora.

—No seas corrosiva. Me buscaron un buen apodo, Superman. Y tú ya sabes lo que quiere decir.

—Las balas chocan contra tu pecho y las devuelves contra tus enemigos... Cuando una bomba está a punto de explotar, le pegas un mordisco a la mecha, y cuando un tren va a saltar en pedazos al llegar a un puente, sólo tienes que hacer tú de pivote con tus hercúleos brazos y el convoy pasa como si tal cosa.

—No te burles. Ellos sólo quisieron decir que soy un tipo duro de pelar.

—No me convences. Oficinas, o no hay boda.

Donald dio un suspiro y continuó ahondando.

De pronto el pico golpeó contra un objeto.

—Creo que ya lo tengo.

Trabajó un rato más y luego se valió de la pala para quitar la

tierra. Más tarde, metió las manos en el hoyo y sacó un pequeño cofre.

—Aquí tenemos la fórmula mágica del profesor Scheleburger...

—Pero falta la llave del cofre.

—Eso no es dificultad, nena. —Donald sacó del bolsillo una ganzúa con la que hizo saltar la cerradura del cofre. Dentro había un papel.

Les llegó una voz desde la entrada de la cueva:

—Buenos días, amigos, ¿dan posada a un peregrino?

Donald dejó caer el cofre en la arena y movió la mano hacia la axila.

Pero se quedó quieto al ver que Mano Negra empuñaba ya una pistola con la que le estaba apuntando.

Myrna se puso en pie de un salto.

—¿Usted aquí...?

—Sí, nena. Vuestro amigo que no podía pasar sin vosotros.

—¿Cómo ha podido llegar?

—Nuestra amiga Germaine quiso colaborar conmigo.

—Embustero. La ha matado.

—Bueno, la chica había cometido una falta grave... Yo tengo mucho respeto por el matrimonio y ella olvidó sus obligaciones para dedicarse a un hombre que no era su esposo.

—Asesino.

Mano Negra rió triunfalmente.

—Quiero pedirle un favor, Foster.

—Ya sabe que siempre estoy dispuesto.

—Lo celebro mucho. Ande, póngase las manos en la cabeza.

—¿Va a pedirme que baile una danza cosaca?

—No. Le voy a pedir que se esté quieto mientras le meto una bala en la barriga.

—¿Por qué precipitarse?

—Ya tengo lo que quería, de modo que no existe otra razón para que siga respirando el oxígeno.

—Usted cree que ya tiene la fórmula del profesor Scheleburger.

—Está en el cofre.

—Se equivoca. El cofre está vacío, de modo que tendremos que seguir buscando.

El cofre se había cerrado al caer en el suelo.

—Es una trampa muy burda, indigna de usted, Foster. Naturalmente, ese cofre contiene la fórmula por la que usted y yo hemos hecho esta carrera.

—Está vacío. Lo cual quiere decir que Skelly la escondió en otra parte.

—Pegue una patada al cofre y envíelo hacia acá, pero cuidado, Foster. Si le pega con demasiada fuerza, le meteré una bala en la siguiente fracción de segundo.

Donald se puso en pie.

Mano Negra estaba muy lejos para enviarle el cofre a la cara.

Efectivamente, su treta había sido burda. No servía para nada.

Golpeó con la puntera del pie el cofre y lo envió rodando hacia Mano Negra.

Pero en el camino el cofre se abrió y el papel salió del interior.

Mano Negra se echó a reír.

—Con que no estaba la fórmula, ¿eh...? Foster, me decepciona mucho... Ahora ya lo puedo matar.

De pronto se oyó una voz:

—Buenos días, amigos.

Mano Negra dio un salto contra la pared, pero no dejó de apuntar a Foster.

En el hueco apareció un hombre con una caña de pescar. Todavía no había visto a Mano Negra.

Myrna lo reconoció. Era el farmacéutico de Cumberland, Paddy Hunter.

—¿Cómo está, señorita Dove?

—Muy bien, Paddy.

—Yo estoy disfrutando de lo lindo hoy. Atrapé una pieza de tres kilos... Una lubina que va a causar la admiración en el pueblo.

—Usted va a ser envidiado por otra cosa —dijo Mano Negra.

Paddy miró a los dos hombres.

—¿Amigos suyos, señorita Dove?

—Sí, ellos también son pescadores.

—Magnífico...

—Pero se dedican a otra clase de pesca. Observe el instrumento que maneja el hombre que tiene la mano ortopédica.

Paddy miró a Mano Negra y se quedó asombrado al ver el arma que esgrimía.

—Eh, no puede pescar con armas de fuego... Está prohibido.

—¿De veras?

—Pero no lo denunciaré si me promete no hacerlo otra vez.

—¿Usted es estúpido de nacimiento o se volvió así pescando...?

—¿Cómo?

—Pedazo de idiota... ¿Todavía no se ha dado cuenta que se trata de un negocio de plomo...?

—No comprendo.

—Se lo diré con todas las letras. Usted va a ser mucho más admirado en el pueblo de lo que había supuesto. ¿Conoce la historia del pescador pescado...?

—Sí, todo el que maneja una caña con anzuelo lo sabe.

—Pues es lo que le va a pasar a usted por entrometerse.

—¿Entrometerme, dónde?

—Aquí, besugo. ¿Por qué se llegó?

—Los vi desde lejos, en la roca donde pescaba, y quise anunciarles la captura de mi hermosa lubina.

—Como en el cuento, usted va a ser atrapado... Sí, muchacho, lo van a exhibir en el pueblo tan tieso como su lubina... Será una buena fotografía.

El farmacéutico estaba cada vez más desconcertado. Bailoteó sobre la punta de los pies.

—Señor Hunter —dijo Myrna—. Le presento a nuestro asesino... Paddy abrió mucho los ojos y la boca.

—No es posible...

Mano Negra emitió una risita por entre los dientes.

—Tuvo suerte en elegir el día de hoy para morir, señor Hunter. En el pueblo circulará la historia de que se le ocurrió morir justamente cuando había conseguido uno de sus mejores trofeos...

—Pero no puede matarme ahora, caballero. Me estoy entrenando para el campeonato que celebrará el Club de Pesca dentro de quince días... ¿Sabe? El año pasado quedé el primero.

—Qué pena que el club se quede sin su campeón...

—Hombre, no sea así. Déjelo para después del campeonato...

—Lo siento, amigo, pero tengo mucha prisa. Sin embargo, haré algo en su obsequio. Primero va a caer el señor Foster, después la chica, y usted se quedará para el final. ¿Satisfecho?

—No mucho, pero es un favor digno de agradecer.

—Sabía que contaría con su aprobación. —Mano Negra se volvió hacia Foster—: Bueno, Foster, la vida tiene estos finales imprevistos...

—Para mí no es imprevisto. Hace un rato, Myrna me hablaba de que debía abandonar estos riesgos que acostumbro a correr. Nos pensábamos casar y ella exigía una condición... Que pidiese mi traslado a las oficinas de la CIA.

—De modo que se iba a retirar.

—Seguro, Mano Negra.

—Es una lástima que no se haya encontrado antes con la linda muñeca que iba a volverlo por el buen camino... Sí, señor. Es una lástima.

Arqueó el dedo en el gatillo para disparar. Pero de pronto algo zumbó por el aire y Mano Negra lanzó un aullido cuando algo le atrapó por el cuello.

Era un anzuelo.

Paddy Hunter había manejado su caña como cuando pescaba frente al mar. Y lo había hecho con una relativa puntería.

Pero fue bastante para que la bala que escupió la pistola de Mano Negra no alcanzase a Foster.

El agente de la CIA desenfundó como una centella.

Mano Negra se había desembarazado del anzuelo que tenía en el cuello valiéndose de su mano ortopédica.

Se dispuso a disparar otra vez sobre Foster, pero ahora el agente de la CIA le tomó una ventaja decisiva.

Sonaron dos estampidos.

Mano Negra se tambaleó visiblemente tocado. Retrocedió contra las rocas que había a su espalda y quiso levantar el brazo.

—¡Vendrás conmigo, maldito Foster...!

—No me interesa ese viaje —repuso el agente de la CIA, y disparó por tercera vez.

Esa bala alcanzó en el estómago a Mano Negra y le hizo perder la pistola.

Se vino hacia adelante y cayó como un fardo sobre la arena.

Myrna estaba sobrecogida, el rostro muy pálido.

—Dime que no es un sueño, Donald...

—No, Myrna. Todo ha pasado como lo han visto tus ojos. Aunque debo admitir que ha sido posible gracias a tu amigo Hunter.

El farmacéutico estaba inmóvil, con la caña de pescar en la mano.

De pronto, exhaló un chorro de aire por los labios y cayó desmayado en tierra.

* * *

—¿Quiere usted por esposo a Donald Foster?

—Sí, quiero.

—¿Quiere usted por esposa a Myrna Dove?

En este momento, Donald despertó. Demonios, no se encontraba en ninguna iglesia, sino en la habitación de su hotel, en Londres.

Pero no lo había despertado la pregunta que le había hecho el pastor, sino el timbre del teléfono que repiqueteaba como una señal de alarma.

Soltó una maldición mientras atrapaba el auricular.

—¿Sí...?

—Foster, aquí su jefe.

—Oiga, señor Baxter, ¿no pudo felicitarme mañana por el aseado trabajo...?

—Sólo lo llamo para mandarlo al infierno... La fórmula de la hipnosis colectiva está incompleta.

—¿Qué dice?

—Nuestros expertos ya la han estudiado y llegaron a la conclusión que el profesor Scheleburger no quiso participar al mundo su descubrimiento.

—¿Está seguro?

—Ya no existe duda a ese respecto.

—De modo que fuimos detrás de algo que no valía un centavo.

—Seguro, señor Foster... A propósito, me dieron cuenta de su petición para ser trasladado a oficinas.

—Supuse que con eso le daría una satisfacción. Lleva mucho tiempo amenazándome con enviarme al archivo.

—Ya puede estar seguro de que terminará allí.

—¿Cuándo empiezo?

—Todavía no, Foster. Quiero que vaya a Honolulu.

—Gracias, jefe. Es justamente lo que iba a pedirle. Me caso mañana y le prometí a mi mujer que la llevaría al paraíso.

—Magnífico, Foster. Cuando llegue a Honolulu dese una vuelta por un bar llamado La Palmera. Ha de hacer amistad con el dueño. Tenga cuidado, es peligroso... Ha acuchillado a un par de tipos.

—¿Qué está hablando, jefe...? Yo quiero ir allí de vacaciones, a pasar mi luna de miel... Quiero estar en el archivo...

—Tenemos sospechas de que ese hombre trabaja para una potencia extranjera... Tiene enlaces en nuestro país que le hacen llegar secretos militares de gran importancia para nuestra defensa... Se pondrá en contacto con usted una rubia platino con mucho que ver... Ésa es la suerte que usted tiene. Se trata de Mary Satchel, una bailarina que trabaja a nuestro servicio. Conseguimos colocarla en el local. Hace streap-tease y baila el hula-hula.

—¿Antes o después del streap-tease?

—Pregúnteselo a ella. Mary le comunicará lo que tiene que hacer. Eso es todo, señor Foster...

—Pero yo no puedo dedicarme a ningún trabajo.

—Oh, perdón, señor Foster. Se me olvidaba. Felicidades por su boda. Presente mis respetos a su esposa.

—¡Espere, jefe!

Pero el señor Baxter ya había colgado.

Foster miró el micro soltando una sarta de juramentos.

De pronto, sonó el timbre de la puerta. Acudió a abrir y se quedó boquiabierto al ver que era Myrna.

—Querido, no podía dormir... Supuse que a ti te ocurría lo mismo...

—Sí, Myrna —dijo Foster, mirando el teléfono de la mesilla de noche—. Tampoco yo pude pegar un ojo.

Myrna le echó los brazos al cuello.

—Fue un hermoso detalle por tu parte proponer Honolulu...

—Oye, he cambiado de opinión. ¿No sería mejor que pasásemos en Londres la luna de miel...?

—Oh, no... Nunca estuve en Honolulu y ahora no pienso perdérmelo... ¿Te das cuenta, querido...? Tú y yo allí solos...

Donald se puso a parpadear mientras Myrna lo besaba.

Sí, estarían muy solos en Honolulu, con un asesino-espía a quien vigilar y una rubia platino que bailaba el hula-hula...

¿Lo bailarías antes o después del streap-tease...?

FIN



Keith Luger era uno de los seudónimos de Miguel Oliveros Tovar, nació en La Coruña el 17 de marzo de 1924. Su padre, Juan Oliveros Bueno, capitán del cuerpo de sanidad militar, y su madre, Presentación Tovar Rivas, eran de la provincia de Granada, de Ojiva él y de Salobreña ella. En la fecha indicada, el padre estaba destinado en la ciudad gallega donde permanecieron hasta que el niño cumplió los tres años. El siguiente destino paterno fue Melilla y, cuando Miguel era ya un adolescente, llegaron a Valencia.

Estudió el bachillerato en el instituto «Luis Vives». Terminado con brillantez, pasó a la Universidad, donde fue un aventajadísimo estudiante de Derecho. Los cinco cursos de la carrera los hizo en tres años. Jura como abogado el 10 de febrero de 1949. Ejerció como tal algunos años. En las tarjetas que distribuía a sus clientes, además de su nombre, podía leerse: «abogado criminalista».

Durante esta época encontró tiempo para preparar oposiciones al ayuntamiento valenciano. Las aprobó y llegó a jefe de negociado.

Miguel Oliveros publicó, entre agosto de 1953 y julio de 1972, las últimas fueron póstumas, novecientas quince novelas (915) de los géneros: oeste, policial, ciencia-ficción y rosa.

Otro seudónimo fue el de «Miguel Romano» (para novelas rosas) o

el de «Bronco Mike» (para la editorial argentina Trébol).